

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — TOMO XI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en París.

AÑO 17. — N° 274.

SUMARIO.

La comunión del domingo de Pascua en París; grabado.
— **Estudios literarios.** — **En el album de Teresa.** —
Los europeos en China. — **La Semana Santa;** grabados. — **Revista de París.** — **Filosofía.** — **El carnaval de 1858 en San Petersburgo;** grabados. — **Una amistad a toda prueba.** — **La muerte de Jesus;** grabado. — **Los funerales del principe de Uda en París el 4 de marzo;** grabados. — **La loca de amor.** — **Revista de la moda.** — **M. Rarey, el domador de caballos norte-americano;** grabados.

La comunión del domingo de Pascua en París.

Damos aquí un dibujo representando la comunión del día de Pascua en la iglesia metropolitana de París. Todos los años en esta fiesta célebre del mundo católico, acuden a Nuestra Señora mas de 4,000 personas que desean recibir de manos del señor arzobispo el pan sagrado. En seguida esas cuatro mil voces entonan un *Te Deum laudamus*. Las iglesias de la Magdalena, San Roque, San German l'Auxerrois, San Sulpicio, San Lorenzo, San Eustaquio, San Vicente de Paul, etc., etc., ofrecen cuadros como el de la catedral, rica cosecha del jubileo, como dicen los periódicos católicos, dulce recompensa

de los predicadores que ocuparon el púlpito durante la cuaresma.

ESTUDIOS LITERARIOS.

PABLO DE CÉSPEDES.

Patria de Céspedes. — Su educación literaria. — Su predilección a las artes. — Su viaje a Roma. — Sus estudios artísticos. — Brilla en la capital del mundo como pintor, estatuero y arquitecto. — Vuelve a España. — Curiosa anécdota que da a conocer su genio y carácter. — Obras que produce



El señor arzobispo de París dando la comunión el domingo de Pascua, en la iglesia de Nuestra Señora.

como artista y como poeta. — El poema de la pintura. — El cerco de Zamora. — Distinguese como anticuario. — Sus discursos arqueológicos. — Segundo viaje á Roma. — Es nombrado racionero de la iglesia de Córdoba. — Restituyese á esta ciudad. — Sus costumbres pintadas por Pacheco. — Últimas producciones debidas á su pincel y á su pluma. — Su muerte. — Elogios que le tributan sus coetáneos.

El siglo XVI, esa grande época para la nación española, en que volaban triunfantes sus pendones de una á otra parte de Europa; en que el Nuevo Mundo comenzaba á darle de sus vírgenes entrañas envidiados tesoros y elocuentes lecciones; en que las ciencias y las artes, encontraban asilo en las márgenes del Bétis y del Ebro; en que el pensamiento humano desembarazado ya y libre de la opresión de los antiguos tiempos, se remontaba por todas partes hasta alcanzar la grandeza de su origen, no en balde ha sido saludado con el lisonjero renombre de *siglo de oro*. La política, las ciencias, las artes, todos los ramos del saber humano recibieron entonces un prodigioso desarrollo en nuestra península: pintores, escultores, poetas, anticuarios, todos trabajaban de consuno para levantar sobre sus hombros el edificio de nuestra gloria; y ciñendo á sus sienas ora el laurel de las batallas, ora el mirto de Apolo, ya arrancaban á Europa en cada bote de lanza una victoria, ya emulaban y aun oscurecían los celebrados triunfos de los Petrarcas y Sannazaros. Era este admirable concierto de combates y de hazañas, en que venían las ciencias á presidir como señoras, el himno que elevaba la nación española, al renacer como el fénix de sus antiguas cenizas; era la señal de partida, la fórmula del pensamiento humano difícilmente elaborado por siglos anteriores y que aparecía ya fijo, determinado, con caracteres propios. — El siglo XVI había sido llamado para recoger el fruto de la lucha sostenida laboriosamente entre todos los elementos, entre todas las creencias que habían animado á la España de los Fernandos, los Pedros y los Alonsos. — Por eso en el siglo XVI brotaron y florecieron tantos genios, cuyos colosales esfuerzos, cuyas sublimes producciones nos llenan ahora de admiración y de orgullo. — Por eso los nombres de Cervantes, Lope de Vega, Hurtado de Mendoza, fray Luis de León, el sevillano Herrera, Berruguete, Riancho, Siloe y Vargas, son acatados entre naturales y extranjeros, atrayendo aun sobre el nombre español el respeto de la muchedumbre y las investigaciones de los sabios. Tiempos fueron estos que no pueden recordarse sin derramar lágrimas, al comparar tanta gloria con el negro baldón que cubre nuestra frente, sin contemplar á la señora de Europa escarnecida de unos, de otros condolidada, y desgarrado el seno por sus propios hijos.

En aquella época venturosa, en que cada ciudad de España, cada población podía contar el número de aquellos por las proezas con que habían encadenado ambos mundos, quiso también Córdoba dar nueva prueba de su fecundidad, enlazando á sus timbres guerreros otros no menos envidiados y gloriosos. La Córdoba romana, la famosa colonia patricia había producido poetas, filósofos y oradores tan célebres como Lucano, los dos Sénecas y Boreio Latro; la Córdoba árabe había asombrado al mundo con sus Avicenas y Averroes: la ciudad cristiana podía envanecerse ya con ser patria de un Juan de Mena y mas adelante una esclarecida de los Olivas y Morales. Faltábale solamente la gloria inmaculada de las artes, y nació Pablo de Céspedes para conquistarla.

Pablo de Céspedes, ese genio de asombroso talento que pertenece tanto á la historia literaria como á la artística de España, ese genio que solo puede compararse con Michael Angelo Buonarroti, á quien rindió el tributo de su admiración, nació pues en la ciudad mencionada por los años de 1538. Fueron sus padres Alonso de Céspedes y Olaya Arroyo, naturales aquel de Córdoba y ésta de Alcolea de Torote: educóse bajo la dirección de su tío Pedro de Céspedes y Aponte, de quien heredó mas adelante la dignidad de racionero; y aprendidas las primeras letras, la gramática latina y filosofía, pasó á Alcalá de Henares para proseguir sus estudios, en donde estuvo al cuidado de un pariente suyo, caballero del hábito de Santiago, prior de la casa de Velez y capellan del rey. Mostró desde luego su grande aplicación y talento, granjeándose la amistad del célebre Ambrosio de Morales, el cual llegó á estimarle tanto y á tener tal confianza en él, que no vacilaba en encomendarle su cátedra cuando se veía obligado á salir de Alcalá. Aprendió Céspedes en poco tiempo cuantas lenguas se enseñaban en el colegio trilingüe, y aguijado por el deseo de admirar las obras de los pintores famosos á cuya arte había mostrado desde niño inclinación constante, borseando en las paredes y aun en las planas que escribía, cuantos acontecimientos notables llegaban á sus oídos, formó el proyecto de visitar á Italia donde tenían á la sazón las artes su trono.

Ningun conocimiento poseía Céspedes en la pintura, cuando llegó á la antigua capital del mundo. Llevaba en su pecho el deseo y el instinto de la gloria, conocía que había nacido para pintar, y al verse en Roma por la vez primera en 1568, al contemplar las famosas *lochas* de Michael Angelo y de Rafael, sintióse arrebatado por el fuego que ardía en su mente y pintó. — Pero Céspedes luchaba con instrumentos que le eran de todo punto desconocidos: el genio, el talento eran suyos: el arte le ofrecía una lucha, en que era necesario vencer ó renunciar á los dorados sueños de gloria. ¿Qué podía hacer el genio?... — Céspedes se asoció en Roma á un

discípulo de Michael Angelo, estudió con él por el espacio de siete años sin intermision ni tregua alguna, y triunfó del arte. Hizose, como dice el insigne Francisco de Pacheco (1) *gran dibujador*, teniendo presentes las sublimes obras de Urbino y en especial la *Historia del Juicio* de Michael Angelo; y siguió en el colorido la hermosa manera de Antonio Allegri, conocido con el renombre de Correggio entre los pintores de la escuela lombarda. Alcanzó al cabo de algun tiempo grande reputación y crédito en aquella famosa Atenas, pintando algunos frescos en la iglesia de Araceli sobre el sepulcro del marqués de Saluzzo, en la capilla de la Anunciata de la Trinidad del Monte y en el Palacio sacro, mereciendo los elogios de los artistas y los aplausos de Gregorio XIII, quien hizo de él señalada estima.

Céspedes, sin embargo, no se contentaba con estos triunfos: en los momentos en que otros se hubieran entregado al ocio y al descanso, abrasado por la sed de gloria que había llegado á ser toda su existencia, y estimulado con el ejemplo de Michael Angelo, intentó ensayarse también en la escultura. Ejercitose en hacer retratos de cera de colores y en modelar en barro las obras del antiguo que habían arrojado las ruinas de Belvedere y de otras famosas poblaciones; y como la fe y la perseverancia pueden tanto, Céspedes unió á los conquistados laureles otros nuevos en el arte de los Fidias. Encontróse casualmente en las excavaciones que se hacían entonces al rededor de Roma una estatua de Séneca, cuya cabeza había sido destruida, y deseando Céspedes rendir justo homenaje á su compatriota, esculpió sigilosamente otra de mármol, recordando la fisonomía del filósofo cordobés por la lectura de sus obras, y amaneció aquella un dia colocada en la figura, dejando semejante aparición absorto al pueblo romano, que noticioso del hecho, escribió en el plinto de la estatua: «Victor al Spagnuolo.»

El conocimiento de las lenguas orientales había engendrado en Pablo de Céspedes el amor á los poetas clásicos de la antigüedad: su larga permanencia en Roma, en donde estaban aun calientes las cenizas de Leon X, en donde la memoria de Ariosto y de otros cien poetas recibía el mas alto culto, avivó su afición; y entre muchas composiciones heroicas, acometió la empresa de escribir un poema sobre la pintura, á imitación del arte de Vasari; si bien por los fragmentos que han llegado á nuestras manos, guardó un plan mas severamente razonado y escribió su libro con mas entusiasmo que el autor italiano.

Para seguir en todo las huellas gloriosas del grande artista de Florencia, era necesario que Céspedes probara también sus fuerzas en la arquitectura. Rafael de Urbino y otros insignes profesores le ofrecían el mismo ejemplo. Dedicóse, pues, al estudio de la arquitectura de los griegos y romanos; y como contaba con todos los elementos indispensables para ampliar sus investigaciones á otros ramos del saber, se hizo en muy poco tiempo profundo arqueólogo, no sin lograr distinguirse en la arquitectura, de lo cual dió mas adelante inequívocas pruebas.

Coronábase por aquel tiempo la prodigiosa obra de Juan de Herrera, levantada para solemnizar la victoria de San Quintín; y solicitando Felipe II, por medio de su embajador en Roma el conde de Olivares, la venida de Federico Zúcaro para que enriqueciera con sus pinceles aquella maravilla del arte, respondió este que sería mengua suya el pasar á España cuando *no había en Roma quien pudiese venir, ni sugeto mas capaz que Pablo de Céspedes*. Volvió con este motivo á España, acompañado de su tierno amigo César de Arbasia, en el mismo año que lloraba la cristiandad la pérdida del rey Don Sebastian, acacida en las costas de Africa, y aumentaba Felipe II el brillo de su corona ingiriendo en ella nueva diadema. — Pero en vez de dirigirse al Escorial para dar muestra de su ingenio, Céspedes se encaminó á la ciudad donde había visto la luz primera. No sabemos las causas que pudieron influir en esta determinación inesperada del grande artista y de Felipe II. Córdoba, sin embargo, tuvo la gloria de admirar las primicias que rendía al suelo español su hijo predilecto; y la antigua mezquita de los Abderrahmanes enriqueció sus altares y capillas con las inmortales producciones de Céspedes.

Cuéntase entre los cuadros mas notables que pintó en esta época una *Cena del Señor* en que intentó apurar toda su ciencia: refiérese que cuando la estaba concluyendo, acudían á su casa cuantos aficionados había en Córdoba, y que celebrando estos un dia sobremanera los vasos y jamones que había puesto en un enfriador, sin atender al mérito de lo principal del lienzo, gritó á uno de sus discípulos: «Andrés, bórralo, bórralo luego: quitálo de ahí, pues no repararán en tantas cosas, figuras, movimientos y manos que con tanto cuidado y estudio he hecho, y reparan en esta imperfección.» ¡Digna lección para los que aparentan vanamente tener conocimiento en tan difícil arte! ¡Exclamación que basta por sí sola para revelar el genio de un artista!...

El pintor necesitaba entre tanto mostrar en su patria que era digno del nombre que había adquirido como estatuero: el escultor debía ostentar sus conocimientos en la arquitectura: el arquitecto había menester de la gloria del anticuario: el pintor, el estatuero, el arquitecto y el arqueólogo aspiraron á la corona de la filosofía. Hé aquí la obra de Pablo de Céspedes al volver á España. Los retablos del colegio de Santa Catalina y de

(1) Memorias inéditas sobre los poetas é ilustres varones de Sevilla.

la Compañía de Jesus fueron el campo que eligió para hacer prueba de sus talentos en las tres nobles artes: el discurso sobre la comparación de la antigua y moderna pintura, que poseemos autógrafo, los que escribió sobre la *Antigüedad de la catedral de Córdoba*, en que prueba que en el sitio que ocupa, existió el templo de Jano; sobre el nombre de Tauró y sobre el templo de Salomon, así como su *Tratado de perspectiva* teórica y práctica manifiestan hasta el punto que había llevado sus investigaciones en la ciencia de las antigüedades y sus especulaciones en la filosofía. — No quiso tampoco Céspedes permanecer ocioso en el ejercicio de las bellas letras: el *Poema de la pintura*, que como dejamos referido había sido comenzado en Roma, llamó también su cuidado, y logró ver terminados los dos libros en que lo dividió, de los cuales solamente conocemos los trozos conservados por Pacheco en su *Arte de la pintura* y ordenados por Sedano, al insertarlos en el *Parnaso español*, como una de sus mas preciadas joyas. — Acometió al mismo tiempo la empresa de escribir otro poema heroico titulado *El cerco de Zamora*, cuyo obispo le había invitado á ello en diversas ocasiones, por ser muy amigo de las letras y grande aficionado suyo; y aunque llegó á hacer, segun el dicho de Pacheco, mas de cien octavas sobre este asunto, no hay noticia alguna de que se hayan conservado, por mas diligencias y pesquisas que han hecho para averiguar los mas entendidos bibliógrafos.

Pero el influjo de hombre tan ilustre no podía encerrarse en los muros de Córdoba. Contaba á la sazón Sevilla muchos y muy insignes hijos, y como el genio ha menester comunicarse, voló Céspedes á aquella capital, en donde fué recibido con los brazos abiertos por Hernando de Herrera, los dos Pachecos, el maestro Pedro de Medina, el padre Luis del Alcázar, don Juan de Arquiño, don Fernando de Guzman, Juan Antonio del Alcázar y otros ingenios no menos apreciables, á quienes había llegado ya la fama de su talento. Reuníanse todos estos señalados escritores en el estudio del pintor Francisco de Pacheco, docto y erudito humanista, el cual ofreció á nuestro Céspedes hospedaje en su casa, que era un verdadero Ateneo, en donde se amenizaban de continuo las mas serias discusiones sobre la historia de las artes y de la filosofía con los sazonados frutos de las bellas letras. No tardó Pablo de Céspedes en tomar parte en aquellas sábias conferencias, y amamantado con las grandiosas y severas máximas de la escuela florentina, hizo observar á Pacheco y á sus discípulos las grandes ventajas que podía obtener la *escuela sevillana* de admitirlas en toda su extension, principalmente respecto de las formas del diseño. — El bien reputado maese Pedro de Campaña y Francisco Frutet habían logrado ya con su ejemplo y el del sevillano Luis de Vargas desterrar de dicha escuela el amaneramiento en que habían caído los discípulos de Castro y de los Arrianes; pero restaba aun mucho que hacer para que apareciese el arte de los Murillos y Zurbaranes en todo su esplendor; y el ejemplo y la doctrina de Céspedes contribuyeron en gran manera á fijar su carácter; pudiendo considerarse el pintor de Córdoba como uno de los padres de la famosa *escuela sevillana*.

Pocos meses permaneció en Sevilla Pablo de Céspedes, sin entregarse de lleno á sus favoritos estudios. Reunió un escogido aunque breve gabinete de antigüedades, con los restos que á cada paso arrancaba el arado de las ruinas de Itálica y de otros despoblados inmediatos á la capital de Andalucía; y en las comunicaciones que sostuvo con Pedro de Valencia y Juan Fernandez Franco, demostró que no en balde le daban sus amigos el título de excelente anticuario. Pero si las antigüedades llamaron su atención en Sevilla, no cupo tampoco pequeña parte á la pintura y la escultura: entre los cuadros que mas elogios merecieron, sobresalía sin embargo el que pintó para el refectorio de la casa profesa de jesuitas, el cual representaba el *Convite* que hicieron los ángeles á Cristo, despues de haber ayunado y vencido al demonio en el desierto. Lo mas importante que hizo de escultura fué el retrato del cardenal don Rodrigo de Castro, modelado en barro, con el objeto de remitirlo á Juan de Bolonia, señalado escultor florentino y amigo del mismo Céspedes para que lo hiciera vaciar en bronce.

Entretúvose Céspedes en estos estudios por el espacio de algunos años, hasta que resolvió pasar segunda vez á Roma con ánimo de admirar de nuevo las célebres creaciones de Urbino y de Michael Angelo. — Rectificó con presencia de los monumentos muchas citas que había hecho en sus discursos relativas á aquella capital, y deseando conocer en todas partes las obras del grande ingenio á quien se había propuesto por modelo, visitó algunas ciudades de Italia, en donde halló larga materia de estudio, volviendo al cabo á Roma, que era el centro del saber, y que tan dulces recuerdos conservaba para nuestro compatriota. Recibió entre tanto poderes de su tío don Pedro, por los cuales le cedia la ración que disfrutaba en la catedral de Córdoba, remitiéndole al propio tiempo un buleto para que pudiera ordenarse de todas órdenes, lo cual verificó sin repugnancia, si bien nunca llegó á decir misa, como afirma Pacheco, refiriéndose al mismo Céspedes. — Los nuevos deberes contraídos por este le obligaron últimamente á abandonar á Roma, restituyéndose á su patria á fines del siglo XVI, y abrazando su nueva vida con ejemplar modestia. Verdad es que no tuvo que violentarse demasiado para renunciar al mundo: sus costumbres habían sido siempre intachables, y siempre había tenido en poco las honras vanas. «Tuvo mucha gracia (escribía) Pacheco en un código que afortunadamente ha llega-

» do hasta nosotros (1) para oponerse paradójicamente á las opiniones recibidas, de donde se ocasionaron algunos cuentos de donaire. Hacia tan poco caso de la hacienda, que perdía mucha parte de su renta por entretenerse en pintar, y apenas sabía contar un real. Ni supo jugar, ni jurar, ni tuvo otros vicios; y lo que es mas, nunca se le conoció flaqueza contra la honestidad ni en las palabras, siendo muy sobrio y templado en la comida y bebida. Tal era la pasión con que se había entregado á los estudios, que no le dejaron tiempo alguno para pensar en otra cosa.

En los ratos que le dejaron libres las muchas comisiones que puso el cabildo á su cuidado, prosiguió Céspedes sus tareas, aprovechando los meses de reces para visitar á sus amigos de Sevilla y comunicarles sus observaciones y adelantamientos. Cuando en 1603 estuvo por la vez postrera en aquella famosa ciudad, pintaba Francisco de Pacheco unos lienzos al temple para el camarín de don Fernando Enriquez de Rivera, tercer duque de Alcalá, en el palacio vulgarmente conocido con el nombre de *Casa de Pilatos* (2). Céspedes tuvo la satisfacción de ver que su amigo no había olvidado sus consejos, obteniendo resultados muy felices. — En los últimos años de su vida hizo una estatua de *San Pablo* para la capilla en que se revestía cuando iba á los divinos oficios; y poco antes de morir dirigió á Pacheco una carta llena de erudición y de saludables máximas artísticas; carta que sirvió á aquel señalado ingenio de fundamento para escribir su celebrado *Arte de la pintura*.

Murió finalmente Pablo de Céspedes el 26 de julio de 1608, á la edad de 70 años, admirando con la santa conformidad que mostró en aquellos supremos instantes á cuantos le rodeaban, así como había llenado de asombro al mundo con sus creaciones. Enterráronle en la catedral á ocho varas de distancia y al frente de la capilla de San Pablo, y sobre la losa que cubrió sus restos, mandó grabar el cabildo el siguiente epitafio:

PAULUS DE CÉSEDES, HUIUS ALMÆ ECCLESIE
PORTIONARIUS, PINTURÆ, ARCHITECTURÆ OMNIUMQUE
BONARUM ARTIUM AG VARIARUM LINGUARUM
PERITISSIMUS, HIC SITUS EST.
OBIIT SEPTIMO KAL. SEXTILIS, ANNO DOMINI
M.D.C.VIII.

Deseando honrar mas la memoria de este grande hombre, hizo tambien poner en el libro de punto del coro esta nota: «Murió el señor racionero Pablo de Céspedes racionero entero de esta santa iglesia de Córdoba á 26 de julio de 1608 años. Están obligados todos los señores beneficiados siguientes á decir dos misas por su ánima.» — Al márgen se lee: «Gran pintor y arquitecto, cuyas grandes virtudes ennoblecieron nuestra España.»

Tales son las noticias que á fuerza de pesquisas hemos podido adquirir para trazar la biografía de este grande hombre. La prodigiosa fertilidad de su talento, la copiosa erudición y profunda filosofía que derramó en todos sus escritos, y la influencia que ejerció en las artes españolas estaban reclamando imperiosamente semejante trabajo. Como humanista y poeta la historia de la literatura le debe brillantísimas páginas; como pintor, escultor y arquitecto es la historia de las artes un libro incompleto sin su esclarecido nombre; como anticuario y como filósofo, apenas puede apreciarse la marcha de las artes, que son en resumen el barómetro de la cultura de los pueblos, sin recurrir á sus doctísimos discursos.

Honrado desde sus mas tiernos años por los hombres mas notables de España, no se desdeñó de tener con él estrecha correspondencia epistolar el célebre don fray Bartolomé Carranza, cuando en 1562 apenas contaba veinte y cuatro años de edad, y seguía aun sus estudios al lado de su amigo Ambrosio de Morales. — Este sabio arzobispo no tuvo inconveniente en abrir su corazón al jóven Céspedes en materias tan espinosas, como las que pertenecían á la disciplina del clero y á la constitución del Santo Oficio. Céspedes cuyo carácter franco é independiente, cuyo recto corazón le hacían mirar con cierta repugnancia los actos de aquel tribunal, acogió las ideas de Carranza tal vez con demasiado ardor, manifestándole en una carta el enojo que le causaban sus demasías. La desgracia acaecida después al arzobispo de Toledo le llevó tras sí al venir la referida carta á manos de los inquisidores; y para que llenase todas las condiciones de los grandes genios de su época, para que pudiera la posteridad colocarlo entre los Brocenses, Leones y Marianas, fué conducido á la cárcel de la inquisición de Valladolid, de donde salió poco tiempo antes de su primer viaje á Roma. Entre los muchos personajes ilustres que, como hemos insinuado, le brindaron con su amistad, merecen citarse el doctor Alderete, el canónigo Picaño, el maestro Salucio, y sobre todos el celeberrimo Benito Arias Montano, á quien menciona repetidas veces en sus discursos; diciendo que le debía «suma reverencia, así por su singular erudición é incomparable bondad, como por la amistad grande que hubo entre los dos.» Entre los poetas de su tiempo que le dedicaron algunas producciones en alabanza de sus obras, debemos mencionar á don Fernando de Guzman,

(1) Memorias sobre los hombres ilustres de Sevilla.

(2) Véase el artículo que á este edificio consagramos en nuestra *Sevilla pintoresca*, pág. 187 y siguientes.

Juan Antonio de Alcázar y Francisco de Pacheco, que en una de las veces que le tuvo de huésped, le hizo tambien el retrato, y á este el siguiente soneto:

Céspedes peregrino, mi atrevida
Mano intentó imitar vuestra figura.
Justa empresa, gran bien, alta ventura,
Si alcanzara la dicha, pretendida;

Al que os iguale solo concedida,
Si puede haberlo en verso ó en pintura
O en raras partes: que en la edad futura
Darán á vuestro nombre eterna vida.

Vos ilustrais del Bétis la corriente
Y á mi dejais en mi ardimiento ufano,
Manifestando lo que el mundo admira;

Mientras la fama va de gente en gente
Con vuestra imagen de mi ruda mano
Por cuanto el claro eterno Olimpo mira.

Si no temiéramos hacer demasiado extenso este artículo, daríamos aquí algunas muestras de sus producciones tanto en prosa como en verso. ¿Pero quién no ha leído los fragmentos del *Poema de la pintura* insertos en la *Colección de poetas castellanos* del señor Quintana?... ¿Quién no recuerda, al oír el nombre de Céspedes, la magnífica descripción del caballo, que principia con estos dos versos:

Que parezca en el aire y movimiento
La generosa raza, do ha venido?...

En los discursos que dejamos citados, se advierte en medio de una erudición inmensa, sazónada y oportuna, un juicio recto, una crítica templada á veces, á veces severa. Cuando juzga á sus contemporáneos es casi siempre indulgente: cuando habla de los abusos que dominan en la sociedad, truena con santa cólera sobre ellos, pulverizando á sus sostenedores. Le irritan las humillaciones que ve sufrir á los escritores: las bajezas de los artistas le mueven á compasión al mismo tiempo que exaltan su amor propio ofendido, haciéndole prorumpir en exclamaciones tan enérgicas como la que mas adelante formuló Rioja en su sublime *Epístola moral* á Fabio:

«El corazón entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente
Antes que la rodilla al poderoso.»

Céspedes tenía la conciencia de su talento y de su genio: en todos sus escritos se le ve remontarse sobre el vulgo de sus contemporáneos; en todos sus escritos se encuentran grandes miras filosóficas. No olvidemos que Céspedes, dotado de un privilegiado talento, enriquecido ya con el estudio de la filosofía y de las lenguas orientales, llave á la sazón de las ciencias, vivió en Roma en su juventud por el espacio de algunos años, cuando se agitaban las cuestiones mas importantes para lo porvenir de la moderna Europa.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS,
de la real Academia de la Historia.

En el album de Teresa.

Apoyado de codos en la mesa
Y divagando el pensamiento mio,
Me encontraba, Teresa,
Cuando vino á borrar mi desvario
El album tuyo, del amor reclamo,
Pidiéndome una flor para tu ramo.

¡Ay Teresa! en qué día,
En qué día fatal á pedir vienes
Una flor á la pobre musa mia!
¡Qué! ¿bastantes no tienes
En ese tan feraz verjel de amores,
Rico ya de lisonjas y de flores?

Quizá digas que soy estafalario
Y me taches acaso de egoismo
Porque me pongo á hablarte de mí mismo;
Perdona pues: al ver el Calendario
La fecha me asustó, porque este día
Los treinta me anunciaba que cumplía.

Tú, que eres niña y vives de ilusiones;
Hermosa, y ves el porvenir abierto;
Que el alma tienes rica de emociones
Y el corazón para el amor despierto,
No sabes lo que son los desengaños,
No sabes lo que son los treinta años.

¿Y pides una flor al estro mio?
La que está como tú en su primavera

Darme una flor debiera
Para encantar mi caluroso estío.

¡Ay, Teresa! al peíname esta mañana
Quité de mis cabellos una cana:
Nieve que cubre el pensamiento yerto,
Y nos causa tristeza,
Porque la nieve espanta la belleza.
¡Una cana! ¡fatal nuncio de invierno!
¡Ay! ¡la cara marchita
Cuando aun ardiente el corazón palpita!

— ¿Sigo hablando de mí?... ¿Para qué vienes
A un páramo erial á buscar flores
Cuando de sobra en tu jardín las tienes
¡Ah nueve de noviembre!... Mis dolores
No puedes, niña, comprender en suma;
Arrojo pues la pluma,
Y si al verte dichosa,
Palma gentil que el céfiro engalana,
Y fresca cual la rosa
Que entreabre al calor de la mañana,
No puedo repertirte con Quintana:
«¡Ay infeliz de la que nace hermosa!»
Al ver mi triste corazón, me queda
El gusto de exclamar con Espronceda:
«¡Malditos treinta años!
¡Funesta edad de amargos desengaños!»

TEODORO GUERRERO.

Los europeos en China.

La toma de Canton atrae actualmente la atención pública hacia el Celeste Imperio; y bajo este aspecto no deja de ser interesante conocer cuáles han sido en todas épocas las relaciones de los europeos con este vasto país, en el cual se fijan hoy las miradas de todo el mundo. Los griegos ignoraron, al parecer, la existencia de esas comarcas; sin embargo, algunos sabios, fundándose en documentos recientes, creen que Alejandro Magno conoció á los chinos, y que en el año 327 antes de Jesucristo penetró en su país; pero esta opinión, por otra parte digna de mencionarse, no está fundada en pruebas suficientes.

El Celeste Imperio empezó á contraer relaciones con Europa en tiempo de los emperadores romanos. En el año 166, Marco Aurelio envió una embajada extraordinaria al emperador Houn-Ti, y parece que desde dicha época los romanos tuvieron relaciones mercantiles directas con la China, relaciones que interrumpieron con frecuencia los partos y los persas, aunque nunca dejaron de continuarse. En el año 284 los romanos enviaron otra embajada extraordinaria al emperador Tsin-Yoo-Ti, quien la acogió con benevolencia, conservándola en la corte por espacio de algunos meses. Los representantes de Roma recibieron numerosos presentes y las prendas mas inequívocas de sincera amistad. Posteriormente en fin, en el año 530, durante el reinado de Justiniano, envióse otra embajada extraordinaria al emperador Li-Nang, cuarto príncipe de la dinastía décima, el cual firmó un tratado de comercio con Roma, retuvo á su lado á uno de los individuos de la embajada, y le confirmó despues el mando superior de los ejércitos chinos.

La última embajada romana ocurrió en el año 643, y fué recibida por el emperador Tang, el vigésimo primer soberano de la dinastía trece. Por una y otra parte se hicieron magníficos regalos, y se permitió á los romanos tener un representante residente en el punto del litoral que escogiese. Desde entonces se pierde la noticia de las relaciones que mediaron entre Roma y el Celeste Imperio.

Los árabes despues de conquistar la Persia en el año 632 invadieron la China y saquearon la ciudad de Canton, en aquel entonces muy floreciente. Odiaban terriblemente á los soberanos de dicho imperio, porque en el año 567 habían hecho una alianza ofensiva y defensiva con Kosroes, rey de Persia. Desde dicha época es muy incierta la historia de las relaciones de China con los demás países: hasta principios del siglo diez y seis no vuelven á encontrarse noticias de esas relaciones.

Los portugueses fueron los primeros que á consecuencia de los descubrimientos de los grandes marinos de últimos del siglo quince frecuentaron los puertos de la China. El virey de Goa, don Lope de Souza, secundado por un hombre de eminente mérito, el jesuita Pereira, obtuvo en 1517 un tratado de comercio en favor de sus compatriotas, y el obsequio de enviar un embajador al palacio del emperador. La incalificable conducta de los portugueses comprometió estas importantes ventajas.

Los oficiales que acompañaban al embajador se portaron tan indignamente con los indígenas en las inmediaciones de Pekín, que se vieron precisados á salir del país, y Pereira fué encerrado en una cárcel en la que murió á los tres años. Años despues los portugueses prestaron grandes servicios á los chinos persiguiendo á los piratas que saqueaban sus puertos y costas, y la corte de Pekín, recobrando las primitivas disposiciones, les concedió la isla de Macao que actualmente ocupan todavía. En 1602 los holandeses siguieron las huellas de los portugueses y fueron á establecerse en la China. Sabidas son las primeras y gloriosas tentativas hechas en nombre de la religion por san Francisco Javier, que murió

en los confines del Oriente. Dos frailes agustinos y quince franciscanos procuraron seguir el camino que les había trazado el celoso apóstol, y fueron á China por los años de 1572; pero les salió mal su empresa puesto que fuer on expulsados por órden del emperador.

A consecuencia de la admirable organizacion de su órden los misioneros jesuitas fueron los primeros en obtener en la China importantes resultados religiosos para el porvenir. El P. Miguel Ruggiero en 1579 y el P. Matteo Ricci en 1582 establecieron numerosas misiones cuya prosperidad llegó á gran punto, misiones en las cuales revelaron un talento eminente. Estos dos religiosos eran dos hombres de grande energía, de una abnegacion sin límites y de una instruccion consumada. El P. Ricci llegó á hacerse presentar en la corte de Pekin, se granjeó la gracia del emperador, y con la proteccion del gobierno obtuvo numerosas conversiones. Murió en 1610 á la edad de 58 años. Su muerte ocasionó un cambio completo en las relaciones de la China con los extranjeros; pero veinte años despues se repuso la situacion en su primitivo estado, y volvió á empezar un nuevo y mas floreciente periodo para el catolicismo.

Este resultado se debió á un hombre muy distinguido, dotado de vastos conocimientos y de un carácter conciliador, el P. Adam Schaal, quien reformó el calendario chino, fué director del Observatorio y de las dependencias astronómicas de Pekin, elevándole por último el emperador Choun-Tchi en 1645 á la dignidad de gran mandarin y de ministro de Instruccion pública. Tuvo numerosos discípulos, hizose venir de Francia y de Italia varios religiosos que le secundaron dignamente ayudándole á propagar en el imperio el conocimiento de las ciencias y de las artes útiles que estaban en uso en Europa. Choun-Tchi, quemurió en 1662, dejó por sucesor á uno de los mas grandes príncipes de su tiempo, el emperador Kang-Hi, hombre eminente, virtuoso y adicto á las ideas humanitarias.

Este ilustre monarca tuvo por confidente, por profesor y por amigo á un jesuita, digno sucesor de Schaal, el P. Verbiest, quien fué nombrado presidente de la escuela de matemáticas y director de las fundiciones imperiales. Dirigió la fabricacion de la artillería china, y redactó varios tratados que constituyen todavía en China la base de la enseñanza superior. En tiempo del emperador Kang-Hi se edificaron trescientas iglesias católicas, y los cristianos fueron objeto de aprecio y de la proteccion particular del soberano. Nunca fué mas feliz el pueblo que en el reinado glorioso de este príncipe. En otro artículo manifestaremos cuál fué la conducta observada por sus sucesores con los europeos.

(Moniteur de la Flotte.)

La Semana Santa.

EL DOMINGO DE RAMOS. — LA PASCUA.

Las ceremonias de la Semana Santa no ofrecen nada nuevo para lectores católicos. Todo tiene lugar en nuestros ritos inmutables segun el uso antiguo y solemne, y para señalar algun detalle menos conocido relativo al Domingo de Ramos (*Dominica palmarum*), seria preciso trasladarse á Oriente, hasta la misma cuna de la institucion y ante el sepulcro del Salvador.

« ¡ Prosperidad al hijo de David ! ¡ Bendito sea el nombre del Señor en su persona !

¡ Y algunos dias despues le coronaban de espinas !
¿ Qué otra cosa es la fiesta de los Ramos sino el primer acto de esa epopeya divina que comienza en el pesebre de Belen y concluye en la cruz del Gólgota ?

En todas las iglesias se bendicen ese dia las palmas; pero los diferentes pueblos de la cristiandad han modificado la ceremonia: en las regiones donde no hay palmas, eligen ramas de árboles verdes en flor, y de aquí el nombre de *Pascua florida*. En los puntos septentrionales de la

Francia se emplea el boj; su ramo sagrado adorna el Crucifijo en el interior de las habitaciones, y queda asociado á todas las ocupaciones de la vida activa de la familia.

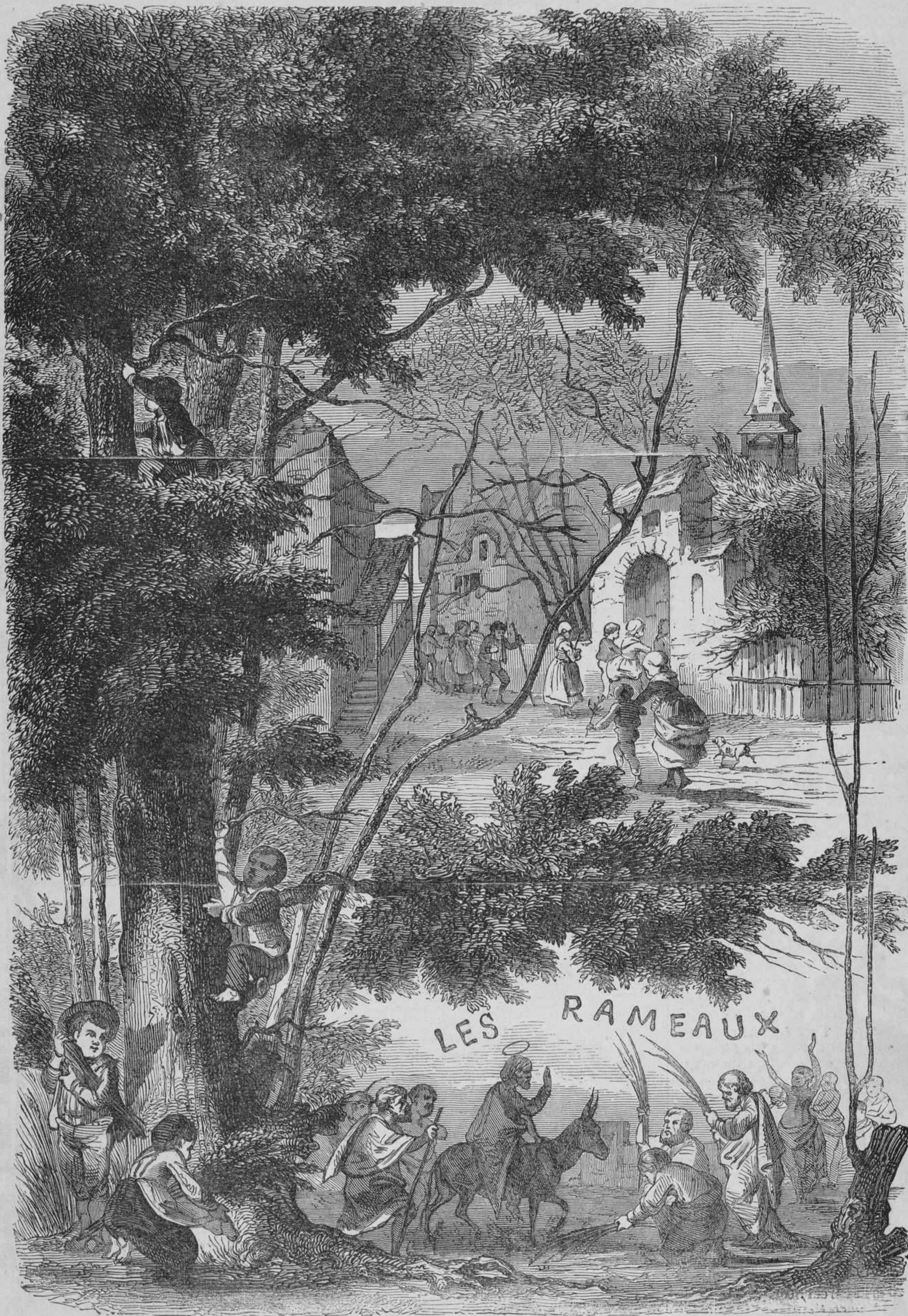
En el mediodia la devocion utiliza el olivo, el árbol de la paz; en las orillas del Var y del Durance, el mirto, arbusto pagano, adorna los altares del Dios verdadero.

Los pastores de la Suiza católica despojan el haya con el mismo fin, y se dice que es tan grande el fervor del sentimiento religioso, que han quedado selvas enteras que formaban como otros tantos diques contra las avalanchas. En Holanda se emplea el acebo, así como en Inglaterra sirven las ramas del sauce. En la Noruega y mas lejos aun, hácia las regiones heladas, toman el abeto y el álamo blanco.

La Italia, esa tierra privilegiada de las ceremonias católicas y de las artes, es aun el teatro mas hermoso de la fiesta del domingo de Ramos. En toda la superficie de la península, así como en las grandes islas del Mediterráneo, en las costas meridionales de la Francia y en España, llevan en ese dia hermosas palmas á los empleos.

Yendo de Génova a Niza se encuentra entre Puerto Mauricio y Albenza, un pueblecillo perdido en bosques de palmeras; cuando se acerca el domingo de Ramos, todos los habitantes de la aldea se ocupan en cortar y mondar palmas con un cuidado piadoso y con las demostraciones mas católicas, para enviarlas á las basílicas de la ciudad eterna. Todas las palmas que se ven en Roma el domingo de Ramos son de ese pueblecillo que se llama *Varaggio*.

— *Pascua*, de la palabra hebrea *paschah*, esto es, pasaje, es á la vez una fiesta de los judíos y de los cristianos. Entre los judíos la Pascua es una conmemoracion religiosa, instituida por Moisés, de la salida de Egipto y del paso del mar Rojo. La fiesta duraba siete dias, del 15 al 22 del mes de Nisan. La ceremonia principal consistia en cada familia en comer con pan sin levadura un cordero del año; pintaban las puertas con la sangre de la víctima. Tambien era preciso ir á sacrificar al templo. Una multitud de israelitas iban con ese motivo á Jerusalem en tiempo de la Pascua. Esta época del año



El domingo de Ramos.

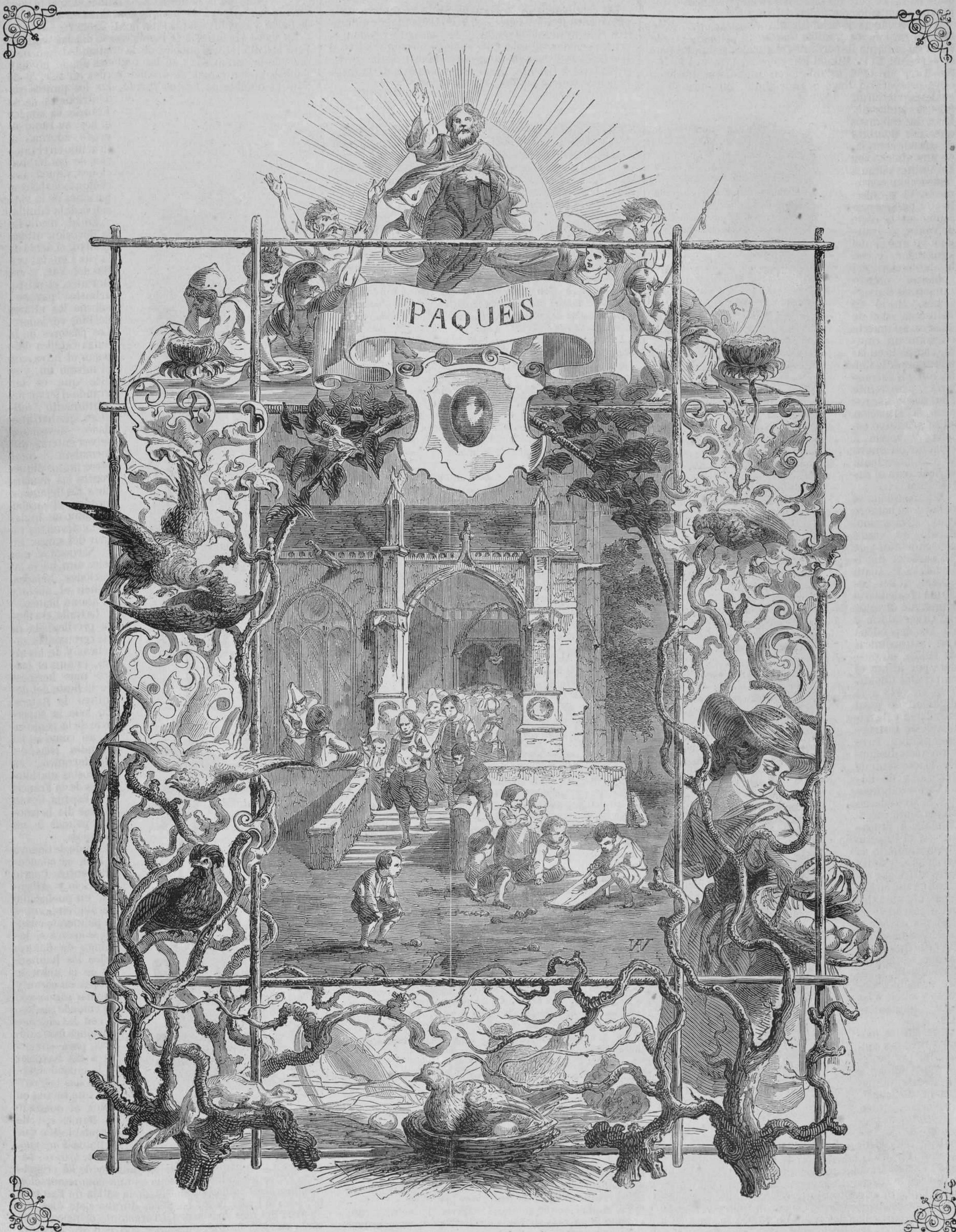
Allí en medio de la muchedumbre de los peregrinos, entre las cinco ó seis iglesias militantes, la escena presenta un carácter tan variado como los actores. Los griegos por un lado, los armenios por otro, coptos y maronitas rivalizan en demostraciones piadosas.

La ciudad santa se llena todavía de palmas como cuando la entrada de Jesus en Jerusalem, cuyo aniversario consagra el domingo de Ramos. El Salvador del mundo hizo su entrada con toda la pompa de un triunfador. Los judíos le acompañaron hasta el templo gritando:

era entre los judíos un tiempo de regocijo público ; libertaban á un reo condenado á muerte.

Entre los cristianos la Pascua se celebra en memoria de la resurreccion de Jesucristo. En la Iglesia primitiva

hubo largas discusiones sobre la época en qué debía tener lugar esta fiesta ; unos querian celebrarla el mismo



La Pascua de Resurreccion.

dia que los judíos, y otros, si no caia en domingo, la querian aplazar para el domingo inmediato. Por fin el

concilio de Nicea decreto en 325 que la fiesta seria movable, y que tendria lugar cada año despues de la primera

luna llena que siguiera al equinoccio de la primavera.

Revista de París.

Por primera vez en París se acaba de ejecutar en el Teatro Italiano una ópera bufa en dos actos titulada *Don Desiderio*, cuyo libreto pertenece al poeta Cassiano Zaccagnini y cuya música es del príncipe José Poniatowski. — Los que hace veinte y cinco ó treinta años frecuentaban los teatros de Madrid recuerdan haberse reído mucho con este Don Desiderio trasladado á la escena española de una comedia francesa de M. Giraud, si no nos engañan nuestras noticias. El célebre gracioso Antonio Guzman desempeñaba el papel de protagonista en esta producción conocida en España con el título de *El Don de errar*. Efectivamente, el buen Don Desiderio es el prototipo del hombre bondadoso que echa á perder todas las cosas por su empeño en arreglarlas siempre pronto y bien. Un ligero análisis del argumento nos hará conocer á este personaje.

Al levantarse el telón se oye el ruido de una silla de posta que vuelca violentamente. ¿Quién puede venir guiando este desdichado carruaje? Don Desiderio con el notario Don Curcio que sale renegando de la torpeza de su compañero. Pero en fin, es preciso volverse otra vez al coche, pues el tiempo urge; Don Desiderio camina tan de prisa por la campiña de Roma para llevar á su amiga doña Plácida la infausta nueva de la muerte de su marido. No había necesidad de tal mensajero; sin embargo Don Desiderio llevaba también un consuelo á la viuda, y esto le había impulsado á encargarse de la fatal noticia.

El escenario cambia y nos hallamos en casa de doña Plácida. Es de noche, y un criado vela «durmiendo» porque la señorita Angelina enamorada «como un gato» aprovecha todas las ocasiones para conversar con su amante. ¡Qué amor el de Angelina! Quebranta las piedras y con más motivo el corazón de su novio Federico que oye sus lamentos, y acude y se arroja en sus brazos haciendo mil protestas de amor interrumpidas por la llegada de Curcio y Desiderio.

Angelina y Federico son los primeros que saben el fallecimiento de Ricardo: doña Plácida se presenta, y al ver á tales horas en su casa á su amigo Don Desiderio acompañado de un notario, sospecha algún acontecimiento terrible, y aquí comienzan las ansias de nuestro personaje.

— No sé, exclama en un aparte cómico, si debo hablar ó no; el muerto, — muerto está, y si hablo mato á esta mujer. Ignoro cómo salir del paso.

Pero todos le apuran.

— ¿Cómo estaba mi marido? pregunta doña Plácida.

— Bien, responde Don Desiderio.

— ¡Bien! ¿Qué decis?

— No, no, me equivoco, mal... muy mal... No callaré más tiempo; voy á decirlo todo; lanzó un grito, retorció la boca, dió tres patadas en la cama y murió.

Desmayo de doña Plácida que da ocasión á Desiderio para correr á la cocina á buscar agua y romper algunos platos. Esto sin perjuicio de tropezar luego con don Curcio cuando saca el agua; cada paso de Don Desiderio es un gazapo. Ya él lo va conociendo.

— ¡Qué suerte tan mala es la mía! dice; y luego dirigiéndose á la viuda la desliza al oído este consuelo: — Vuestro marido os ha legado cuanto posea; vuestras son sus letras de cambio, sus casas, sus tierras, sus arcas, todo es vuestro.... Aquí tengo el testamento que sé de memoria.

Y todos á la vez exclaman: — ¡Cuánto nos quería!

— En efecto, añade el notario, hombre inteligente en estos negocios, para una viuda aligida no hay más consuelo que la caja del difunto.

Don Desiderio rebosa de júbilo: gracias á él se abrirá inmediatamente el testamento, diez horas después de la muerte de Ricardo, para eso ha corrido muchas leguas; á la mala noticia seguirá un consuelo de éxito infalible.

Cediendo á las instancias de su buen amigo doña Plácida da licencia al notario para que lea el testamento.

«Lego á mi mujer Plácida, dice leyendo don Curcio, todos mis bienes muebles é inmuebles, efectos, ganados y créditos, mi dinero y todo lo que deje á mi muerte... Lego veinte y ocho paños al curial, á Don Desiderio mis anteojos viejos, mi ropa y vestidos al criado, y perdono á los aldeanos todo lo que me deben.»

— ¡Pobre Ricardo! exclama la familia, no se ha olvidado de nadie.

— Esta vez, dice Don Desiderio, desafío al demonio á que me enrede con una de las tuyas; la posteridad dirá de mí: «A veces se engañaba, pero otras veces sabía adivinar las cosas.»

Mas ¡ay! por desgracia no era así; Don Desiderio erraba siempre.

El documento que leía el notario contenía al final esta cláusula terrible:

«Si se abre mi testamento por orden de mi mujer antes de que hayan pasado veinte y cuatro horas, lo que indicaría por su parte un dolor equivoco, quiero que sea desposeída de mi sucesión, la cual pasará entera á los huérfanos de los hospicios.»

Concierto de imprecaciones contra Don Desiderio.

— ¡Traidor!

— ¡Corazon malo!

— ¡Tiembla infame! la venganza del cielo te alcanzará do quiera que te escondas.

Aquí concluye el acto, y bueno es que caiga el telón un poco sobre los infortunios de Don Desiderio. Al empezarse el segundo aparece «en el mayor desorden con una botellita» llena de veneno.

— Estoy decidido á morir, exclama el desgraciado; este pomo destinado á matar ratones, matará á un conejo.

El lance camina á la tragedia; felizmente Curcio logra persuadirle que no se abandone á la desesperación, que aun puede remediarlo todo ofreciendo á doña Plácida su propia fortuna,

na, y si resiste ofreciéndola con ella su mano, es decir, un matrimonio de fórmula, para imponer silencio á la gente y dar á Angelina un dote.

Angelina se interesa en la combinación, como que de otro modo no piensa que Federico pueda alcanzar el consentimiento de su padre para casarse con ella.

— Madre mía, dice la tierna enamorada, si quieres verme dichosa consiente en lo que te pide mi amor, cástate con nuestro amigo Don Desiderio.

— Aceptad, exclama este, el partido que os propongo. Si no os gusta tener un marido viejo, sabré conformarme con mi destino.

— Aceptad, repite el amante de Angelina, nos hareis felices á todos.

— ¿Qué me pedis? contesta la pobre viuda; ¡cuando tenía un marido que me amaba tanto!...

— Nada de eso, interrumpe el pretendiente..., era un hombre que no vivía más que para el placer, tenía una intriga... sé lo que me digo...

Y aparte y con una angustia solemne exclama el buen Don Desiderio:

— Sombra adorada y cara, perdona que insulte tu memoria. ¡Es por el bien de todos!

Llegamos al desenlace. Ricardo no había muerto, no había tenido más que un desmayo, y entra en su casa á punto de oír los improperios de su amigo.

Ahora sí que Don Desiderio se arma con una pistola bien resuelto á morir; no obstante le detienen, porque todos han reconocido su inocencia.—Angelina y Federico verán en breve colmados sus deseos.

La música que el príncipe José Poniatowski ha escrito sobre este argumento, abunda en bellezas de primer orden. Estrenada en Roma en 1842, esta ópera ha obtenido siempre en Italia el éxito más brillante, y los parisienses no vacilaron desde la primera noche en reconocer todo su mérito. — Según los enemigos de Verdi, una de las calamidades que nos ha traído este maestro ha sido la postergación del género bufo que huyó amedrentado de la escena lírica ante la energía ferroz de la nueva escuela alimentada exclusivamente con el elemento dramático en todo lo más exagerado de su violencia. Solo hasta cierto punto nos parece fundada esta opinión: es verdad que la boga lo mismo en música que en todo lo demás, corre siempre en pos de lo que es nuevo; pero ni «Rigoletto» ni el «Trovador» han podido acabar con el «Barbero» y con la «Cenerentola.» Preséntese una ópera bufa con las altas cualidades que exige este género llamado ligero, y se verá cómo el público de hoy la recibe con igual favor que antiguamente. La prueba la tenemos bien á la mano: es «Don Desiderio.»

Desde los primeros compases de la obertura la concurrencia conoció que iba á oír una obra de estilo fácil, agradable, fecunda en melodías y de un carácter eminentemente italiano, circunstancia digna de ser notada en la música jocosa en que los italianos son maestros. El dúo coreado con que principia es muy cómico y muy alegre. El aria de Angelina

Al pensier del mio tesoro
Il mio core or si divide,

rebosa toda la gracia y toda la suavidad de un canto de amor, y si la generalidad de los parisienses tuviese afición á la música italiana, pronto oiríamos repetida esta melodía en todos los salones. El dúo que sigue entre Federico y Angelina

Viene alfine al mio sen mio dolce amore,

pertenece al mismo género sentimental de la cavatina.

La pieza principal de toda la ópera es sin duda el sexteto en que doña Plácida, su hija, Federico, el notario y el criado apuran á Don Desiderio para que diga la noticia fatal; es una melodía viva y lastimera que repiten ya alternativamente, ya á la vez los primeros personajes, y que Don Desiderio transforma en canto bufo con un acompañamiento de una monotonía calculada, deliberando en un aparte con el público sobre si debe ó no debe decir lo que tiene en la punta de la lengua. Esta pieza instrumentada con maestría es de un efecto extraordinario; el público no se cansa de celebrarla.

Don Curcio tiene un aria famosa:

Va, non fò torto alla mia professione.

Sin embargo, en ella hemos creído oír alguna reminiscencia de Rossini.

La orquesta acompaña la lectura del testamento con un motivo delicioso, y el final del primer acto está bien animado con las iras que lueven sobre la cabeza del buen don Desiderio.

La desesperación prudente y semi-seria del protagonista abre el segundo acto:

Ho deciso... morrò! questo è l'istante.

Pero así como en el acto primero el sexteto eclipsa, digámoslo así, todas las piezas por su superioridad incontestable, en este domina igualmente la romanza del tenor,

Il consenso del padre alfine ottieni,

que es un canto sencillísimo; un canto de Bellini con su expresión y su ternura, aunque con una acentuación más vigorosa. Mario le dice con primor, tanto que se ve obligado á repetirlo todas las noches.

En lo restante citaremos un coro de aldeanos y la escena penúltima y el final que abundan en motivos perfectamente inspirados por las situaciones que marca el argumento.

La Salvini Donatelli que hace el papel de Angelina, no brilla en esta ópera como en «Don Pasquale» que la sirvió en París para su debut; en cambio Mario (Federico) y Corsi

(Don Curcio) alcanzan aplausos merecidos. No obstante el honor de la ejecución es para el bufo Zucchini; este papel de Don Desiderio será sin duda uno de los principales de su repertorio. — La orquesta, dirigida por el acreditado señor Bonetti, merece también cumplidas alabanzas.

El empresario señor Calzado ha tenido acierto en poner en escena esta ópera, y es de creer que visto su buen éxito elegirá alguna otra más de las producciones del príncipe compositor, que parece son numerosas y dignas de ser oídas, según la opinión de los que las conocen.

Decimos esto porque el señor Calzado en los tres años que lleva de director del Teatro Italiano de París, hace toda clase de esfuerzos por variar el repertorio, así como tampoco escasea los sacrificios por contratar á los cantantes de más nombradía. La Alboni, la Grisi y Mario, tan apreciados por los parisienses, han tenido ajuste en las tres temporadas á pesar de sus exigencias exorbitantes; entre los nuevos de fama en Italia hemos oído á la Penco en el «Trovador,» á la Piccolomini en la «Traviata» y á Corsi en el «Rigoletto,» y por último se anuncia para una de estas noches la salida de un cantante de fama universal, Tamberlick, el rey de los tenores, ajustado en una suma fabulosa. Merced á tales elementos no es de extrañar pues que las funciones de este teatro se vean favorecidas hoy por el público como en las épocas en que fueron más brillantes.

MARIANO URRABIETA.

Filosofía.

LEY DE RELACION INTERNA DE LAS CIENCIAS FILOSÓFICAS (1).

Noli foras ire; in te ipsum redi; in interiore homine habitat veritas.
San Agustín—De vera relig., c. XXXIX.

Ex ipsa summa essentia, et per ipsam, et in ipsa sunt omnia.
San Anselmo—Monologium, c. XIV.

Contemplando el cuadro que se despliega en torno nuestro, vemos al hombre sumido en la inquietud, caer desfallecido en el dintel de su existencia, y agonizar, adorando mezquinos y fugaces intereses: la humanidad se nos aparece como presa de indecible locura, fundando imperios que destruye luego, para reaparecer sin desmayo y encendida en mayor entusiasmo acometiendo nuevas empresas, que caen á su vez maldecidas por su ira: escuchamos á los poetas cantando himnos que así ascienden á Dios, como divinizan el mal y loan con convulsa inspiración la amargura y el tedio: mirando las ciencias, vemos desiertos sus altares, y en vano esperamos la voz de sus doctores, ahogada por los que creen vinculado el saber de sus frases: y en la vida individual, y en la sociedad, do quiera convertimos nuestra mirada, el desaliento y la conturbación aparecen de continuo, despertando semejante espectáculo en nosotros ardiente afán y vivísimo deseo de inquirir la causa de tamaños males; y muy luego se nos alcanza, que los engendra la falta de un principio, que nacen del vacío que sirve de peana á las ciencias históricas, advirtiéndonos este conocimiento que debemos buscar un principio común á la ciencia, á la vida y á la sociedad, que acoja bajo su augusto patrocinio la creación entera, para que con inmediata y universal certidumbre realicemos sus leyes, que deben ser las nuestras, cumpliendo así el destino providencial que sentimos palpar en el fondo de nuestra existencia.

Hoy me propongo estudiar ese principio en la ley de relación íntima que une y enlaza á las ciencias filosóficas, demostrando cómo en todas ellas se anida, y todas tienen por lo tanto igual fundamento; y como el principio de la ciencia debe ser manantial de virtudes y excelencias para el hombre, consideraré la filosofía, no como conjunto de abstracciones idóneas, sino asentada en la vida, dirigiendo á todas las esferas sus enseñanzas; porque si la ciencia careciera de principio, si su fondo fuera arbitraria trabazón de imaginados conceptos, la vida carecería de virtud, el bien sería quimera; y si el filósofo buscara en vano la raíz de sus convicciones, el hombre en la vida no sentiría el dolor que hierne su conciencia cuando mira negada ó infringida la soberana ley de los deberes.

Traspassado el horizonte que la sociedad y sus exigencias asignan al estudio, si venimos de nuevo tras la amorosa voz del saber, es porque esperamos encontrar satisfecho en la ciencia el insaciable deseo de la verdad, y exigimos por lo tanto, como primera condición, la certeza para caminar con luz y apoyo en nuestras investigaciones. Necesitamos buscar un punto de partida que, aun cuando no sea el principio supremo, sea para nosotros el principio inmediato que nos conduzca al conocimiento del principio supremo. Sin este punto de partida, la ciencia sería imposible para nosotros, como sería imposible tocar la altura sin ganar el valle y vencer la colina, ó llegar á la virtud sin haber andado grado por grado el camino de la educación.

Cualquiera explicación del saber sería vana é ininteligible, si nosotros desde luego no supiéramos algo; y la necesidad íntima de hacernos claro, cierto y fecundo este saber, y de cultivarlo como semilla de la vida, nos lleva á indagar un fundamento, una ley y un orden cierto en este germen natural de nuestra inteligencia.

(1) Discurso leído en la Universidad central, en el solemne acto de recibir la investidura de doctor en la facultad de filosofía y letras, por el licenciado don Francisco de Paula Canalejas y Casas, abogado del ilustre colegio de Madrid.

En ningún conocimiento y certeza exterior podemos fijar este asiento y principio subjetivo de nuestra educación científica: solo en nosotros mismos, en nuestro propio conocimiento y certeza podemos hallar esta primera condición de nuestra educación intelectual.

Si exigimos certeza, es decir, la conciencia de la verdad de lo que sabemos, y la buscamos en nosotros mismos, exigiremos la misma condición en lo conocido, que será su verdad; que no es otra cosa la verdad en el objeto, que la conformidad del objeto consigo mismo, sin cuya condición la ciencia sería vana fantasía. Exigiendo verdad en el objeto y certeza en el sujeto, es evidente que consideramos una relación determinada entre el ser que conoce y el objeto conocido.

Considerando con estas condiciones nuestro saber, concebimos la ciencia. Al concebir la ciencia, como al concebir todo ser, cualquiera entidad, no nos es dado separar de ella la idea de unidad, porque solo á su luz es inteligible todo ser y toda idea. Separando la idea de unidad de nuestras concepciones, es imposible el conocer, y se convierten nuestros actos inteligibles en confusísimo desfile de percepciones, sin que puedan quedar en nosotros ni dejar honda huella en nuestra naturaleza racional.

Concebimos la ciencia una, con tal unidad, que todos nuestros conocimientos deben formar un todo, un cuerpo de doctrina, y en tal manera, que todo nuestro saber se reúna en una noción única que abrace todas las nociones posibles. El objeto del conocimiento será, por lo tanto, uno en sí, independiente de nosotros, igual para todos los hombres, sin excepción de tiempo ni lugar; y si el conocimiento ha de ser verdadero, es necesario que la unidad subjetiva del pensamiento corresponda á la unidad de la realidad, así como la relación interior y la ley entre nuestros conocimientos debe corresponder á la relación y á la ley interior de la misma realidad.

Esta unidad se expresa de ordinario bajo el nombre de principio de la ciencia: palabra que tomada del comenzar un acto ó de aquello por donde comenzamos una obra, significa aquí aquella cosa ó ser que es el primero, que da base y fundamento á todo lo siguiente.

No nos basta concebir la unidad como principalísima condición de la ciencia; porque considerada sola, sería una abstracción infecunda, inconciliable con todo desenvolvimiento y con nuestro saber mismo; por lo que la consideramos como una realidad que tiene en sí un contenido múltiple, un compuesto de partes; en una palabra, la variedad, que hemos de considerar como contenida en el principio, en cuya forma puede la variedad ser objeto de la ciencia. Toda variedad en el conocimiento la pensamos como determinada en el principio y por este animada, penetrada y regida con orden y relación constante.

Esta variedad, pues, del contenido científico, determinada por la unidad de un principio común y relacionado en todas sus partes y miembros en fuerza de la unidad fundamental y reguladora, es, y así le llamamos en el mundo natural y en el espiritual, variedad armónica, armonía intelectual ó científica. La armonía, expresando la unidad en la variedad, supone que cada parte aparecerá distinta, con dependencia relativa, sin ser ninguna absorbida por las demás ni confundida con ellas. Si bajo el aspecto objetivo significa la armonía el organismo de la realidad, ó la unión de todas las cosas en el principio, bajo el aspecto subjetivo significa la organización del conocimiento en tal manera, que cada una de las partes arranque del principio, se funde en él y en él se complete.

El ser armónica la ciencia constituye la posibilidad de la demostración; y es demostrativa la ciencia, demostrándose todo objeto y propiedad particular en la esencia del principio, aunque no exigimos demostración del principio, porque este es pensado como absoluto, que no deja fuera de sí algo extraño á él en que se funde.

No suponen las anteriores consideraciones ni definen principio alguno. Bajo las condiciones asignadas á la ciencia, y llevando nuestra atención á su contenido, considerado como su objeto, se nos alcanza que es preciso considerar el objeto en sus estados mudables y temporales. Se presenta aquí la ciencia de la historia, que estudia en el tiempo los estados sensibles y temporales del ser. El conocimiento sensible, la noción de los hechos, que nacen en el tiempo y en el tiempo perecen, pertenecen á la historia, que es la ciencia de la vida universal, considerada en sus manifestaciones individuales ó determinadas. La historia expone cuanto se realiza bajo la forma de tiempo, bien sea en la vida del hombre ó de la humanidad, en la del espíritu ó la naturaleza.

Conociendo ya los estados del ser, el espíritu ansía conocer sus propiedades y leyes permanentes, para reconocernos como el sujeto eterno de esa incesante variación y mudanza, que apenas puede medir el tiempo con su agitado curso. Precisa definirnos al través de esa mudanza, como uno y siempre el mismo, á fin de considerar los actos pasados como nuestros y responder de la voluntad que los causó. Esta necesidad funda la ciencia de la filosofía, que nos inicia en el conocimiento del ser, de sus propiedades y leyes permanentes.

Los hechos y los principios no resumen las ciencias, así como la unidad y la variedad no son las únicas condiciones de la ciencia, sino que debe existir y existe otro orden de conocimientos, que no son ni históricos puros, ni filosóficos; una ciencia que no es la historia, ni la filosofía, sino que existe en ambas y las combina en toda su extensión, siendo tan general como la filosofía y tan determinada como la historia. Esta ciencia

es la filosofía de la historia, que aplica á todos los dominios de la vida los principios, y permite juzgar y conocer los hechos á la luz de los principios.

Examinadas cuidadosamente las tres ciencias enumeradas, sin gran esfuerzo se nos alcanza que son la expresión formal de las condiciones de la ciencia, y que estudiando al ser bajo las nociones de tiempo, permanencia y fin, mas que ciencias diferentes, son la ciencia, son todo conocimiento, según que se le considera bajo el punto de vista de los hechos, de los principios ó de su unión y enlace, por lo que no nos sorprenderá el reconocer su existencia en todos los ramos del saber humano.

Pero considerando estas tres esferas que se presentan á nuestra actividad, si recordamos que la certeza no podemos encontrarla sino en nosotros mismos, y solo en nosotros reside un criterio verdaderamente tal, y que la filosofía es la ciencia del ser, de sus propiedades y leyes permanentes, conoceremos que á justo título ocupa la filosofía el primer lugar en la ciencia, porque en ella existen el principio y las leyes generales que la animan y fortalecen.

No es la filosofía la ciencia toda, ó según la han apellidado alguna vez, de las cosas divinas y humanas: es la parte de la ciencia que estudia las propiedades y leyes permanentes del ser. No encuentran, por lo tanto, sanción en sus verdades sino los principios y leyes, y excluye y rechaza como espúrea toda hipótesis, opinión, presunción y creencia, suspendiendo el juicio hasta haberlas convertido, mediante indagación, en conocimiento cierto. Frecuente ha sido en la historia de la filosofía, el que teorías contrarias á la verdad y enemigas del hombre hayan tomado, con la autoridad que presta el nombre de filosofía, carta de ciudadanía en la ciencia, á semejanza de las doctrinas heréticas que en mas de una ocasión quisieron penetrar en la Iglesia; pero estas profanaciones y aquellos combates sostenidos en nombre de las tinieblas contra la luz, se alejan cada vez mas de la filosofía, cuanto mas claramente define esta su objeto y traza sus límites propios.

La filosofía contiene los conocimientos mas elevados, y no solo el conocimiento del ser considerado como ser, sino que abraza el estudio de lo eterno, inmutable y verdadero en todos los tiempos y en todos los lugares. Ciencia de las ideas, estudia lo verdadero, lo bueno, lo bello y lo justo, en su bondad y justicia absoluta sobre el tiempo y el espacio. La filosofía es por lo tanto el conocimiento del principio infinito y absoluto, y de todos los principios subordinados en él contenidos, y de los cuales es fundamento. No se ocupa solo del Yo para encerrarse en este centro sin circunferencia, como se repite sin cesar, sino para elevarse al conocimiento de Dios y conocer desde este centro supremo y criterio y ley absoluta de verdad, el espíritu y la naturaleza, y ambos en la humanidad, considerándolos siempre en su esencia y en sus inmutables propiedades. Es ciencia de las cosas intelecibles que solo pueden ser concebidas por la razón: no investiga los hechos, sino sus causas: no inquiere los acontecimientos, sino el principio que los contiene, la ley que los domeña, la realidad permanente é íntima de la cual son en cada objeto y sus estados sucesivos pasajeras manifestaciones.

Que la ciencia debe ser un todo de conocimiento nuestro, es verdad que no necesita confirmación; y como la posibilidad de la ciencia descansa en el conocimiento de un principio, resulta que la primera cuestión es elevarnos desde el conocimiento común al conocimiento supremo de grado en grado, adquiriendo mayor capacidad en cada uno de estos grados. Este es un procedimiento que podemos llamar analítico; que antes de entrar en el organismo propio de la ciencia, es una preparación indispensable, que conviene rectificar y reconocer de continuo.

El espíritu comienza su análisis en el conocimiento que le es inmediato, y este es el conocimiento de él mismo en su percepción subjetiva, puesto que nosotros mismos, en nuestro espíritu, hemos de conocer el fundamento y el criterio y la ley de nuestra ciencia. Se sigue de aquí, que el primer fin y camino de nuestra ciencia se encierra en el conocimiento de nosotros mismos, como nuestro objeto mas inmediato y como el órgano y el hilo conductor, que debe llevarnos á mas alta y mas comprensiva ciencia que la propia, al conocimiento de Dios y al de los seres en Dios fundados, causados y determinados, bajo Dios regidos y ordenados. El criterio que nos ofrece este principio y término subjetivo de partida, es la misma inagotable verdad con que nos concebimos positivamente en el simple enunciado — Yo soy.

El criterio que nos ofrece este punto de partida, es el mismo Yo, criterio que podemos formular diciendo «que lo que buscamos sea tan cierto como Yo mismo, tan verdad como Yo soy.» La certeza que ocasiona la intuición del Yo, nos es inmediata, inherente, constante; no exige condición superior ni exterior, porque yo no me distingo en la pura idea de mí mismo como sujeto y como objeto; y aun cuando establezca esta distinción dentro de mí, me reconozco sobre esta misma distinción, y sin perjuicio de ella, idéntico á mí mismo. Tal es la idea del Yo, considerada en su unidad y totalidad indivisa: el procedimiento ulterior consiste en expresar cuanto se contiene en el Yo, punto de partida de la filosofía.

El Yo en su naturaleza propia es uno, entero y siempre el mismo. Suponemos aquí una noción ontológica, la del ser, que si bien no podemos definir, podemos explicar distinguiéndola de la esencia: el ser expresa la sustancialidad: la esencia expresa lo que el ser es. Cuando decimos que el Yo es un ser, decimos que es al-

guna cosa que subsiste por sí, que es un individuo. Examinándome en mí interior bajo el mismo criterio, porque con él puedo saberme en mis propiedades, conozco en mí espíritu y cuerpo, y espíritu unido con el cuerpo y sobre él, ó sea hombre, sobre cuyas distintas relaciones quedo Yo idéntico á mí mismo, uno y total como yo mismo. Este conocimiento anuncia ciencias que estudiarán separadamente cada una de estas propiedades, que ahora considero yo en mí bajo la relación de que expresan las partes que me componen. — Estudiando mis propiedades internas, me encuentro sometido al cambio, mudando en el tiempo en estados determinados, y cada uno propio y nuevo en el tiempo en que lo considero. En estos cambios y en estos estados me distingo como permaneciendo siempre el mismo y siendo el constante y común fundamento de ellos en el tiempo y sobre el tiempo, así en la relación de potencia que está fuera del tiempo, como en la de acto que se sujeta al tiempo. Desde poder á hacer, me determino yo moviéndome de potencia á actividad con dirección cierta, reconociéndome con tendencia é inclinación hácia el estado que tiendo á realizar, y por lo tanto con impulso. Ya en actividad conozco que mi acción se concreta bajo modos ciertos, y en primer lugar bajo el de fuerza ó energía, mayor ó menor cada vez. Efectuando mi posibilidad y realizándome en cada estado último, conozco que yo me efectúo, esto es, soy causa de mis actos, y me conozco en mis hechos como yo mismo, realizando en tal ó cual cualidad de tiempo y circunstancias, viendo así mi esencia reducida á hecho, y reconociéndome como bueno, porque el concepto común de bien es el de ser y la esencia misma en cuanto es determinada y realizada en hecho concreto.

Siendo yo el sujeto de mis estados, me conozco como ser moral, y cumplo cada hecho en mí como enlazado con el anterior inmediato, y como un efecto de mí mismo, en cuanto soy el fundamento permanente y el actual cada vez de mis estados. Así cada último hecho en el tiempo de mi vida, es el que falta por realizar después de los anteriores; lo cual unido á la precedente observación, de que yo soy el sujeto de mí bien en el tiempo, nos da un nuevo término de análisis, *el deber*. Y puesto que cada hecho mio lleva el concepto de que á su vez causará otros como resultados suyos, refiero desde luego mis hechos á este fin; pero como el concepto puro de fin no basta para que yo dé comienzo á la ejecución individual, sino que necesito una representación concreta de este fin, se ofrece á mis ojos la percepción de un ideal moral.

En esta indagación se distinguen los primeros delineamientos de la ciencia psicológica de la voluntad y de la ciencia de los deberes, que uniéndose mas adelante con la idea del principio, constituirán la ciencia moral.

Resumiendo en una fórmula breve las percepciones de nuestras propiedades halladas en la pura reflexión sobre nosotros mismos, podemos decir: que Yo, como Yo mismo y el sujeto de mis estados, los efectúo en sucesión unos de otros, en cuanto puedo efectuarlos mediante deseo, impulsión, actividad y fuerza de acción, en razón de hacer efectivo mi ser, como mi bien, en forma de deber, bajo el concepto de fin y mediante representación ó ideal ejemplar del hecho cada vez y sucesivamente. Y teniendo en cuenta que realizar en el tiempo una sucesión de estados determinados como el fundamento común y temporal de ellos, es lo que llamamos vida, en el puro concepto de esta palabra, hallamos en la reflexión sobre nosotros mismos la percepción primera y la mas simple del vivir ó de la vida, á la cual debe anudarse en su lugar la ciencia que estudia la vida general, la biología.

Como yo efectúo mi potencia y mi actividad siempre en actos concretos y determinados, á saber, mediante que conozco, siento y quiero, y mis actos no son hechos míos sino en cuanto yo los siento, conozco y quiero, se ofrecen á la indagación estos nuevos términos que se desprenden de mí hecho, y que son tres determinaciones en mi actividad y constituyen el objeto de la ciencia psicológica, cuyo primer anuncio ya hemos señalado.

Si son estos términos determinaciones de la actividad, es evidente que son simultáneos, reflexivos cada uno sobre sí, relativos á los otros, y cada uno recíproco con todos los demás: lo que nos lleva á concebir estas relaciones, reflexiones y reciprocidades como un organismo interior y particular; concepción que me autoriza para llamar funciones á sus actos. Y volviendo la vista á cuanto hemos indagado hasta aquí, vemos que en todas las partes se repite esta propiedad.

F. DE P. CANALEJAS.

(Se continuará.)

El carnaval de 1858 en San Petersburgo.

San Petersburgo 5-17 de febrero de 1858.

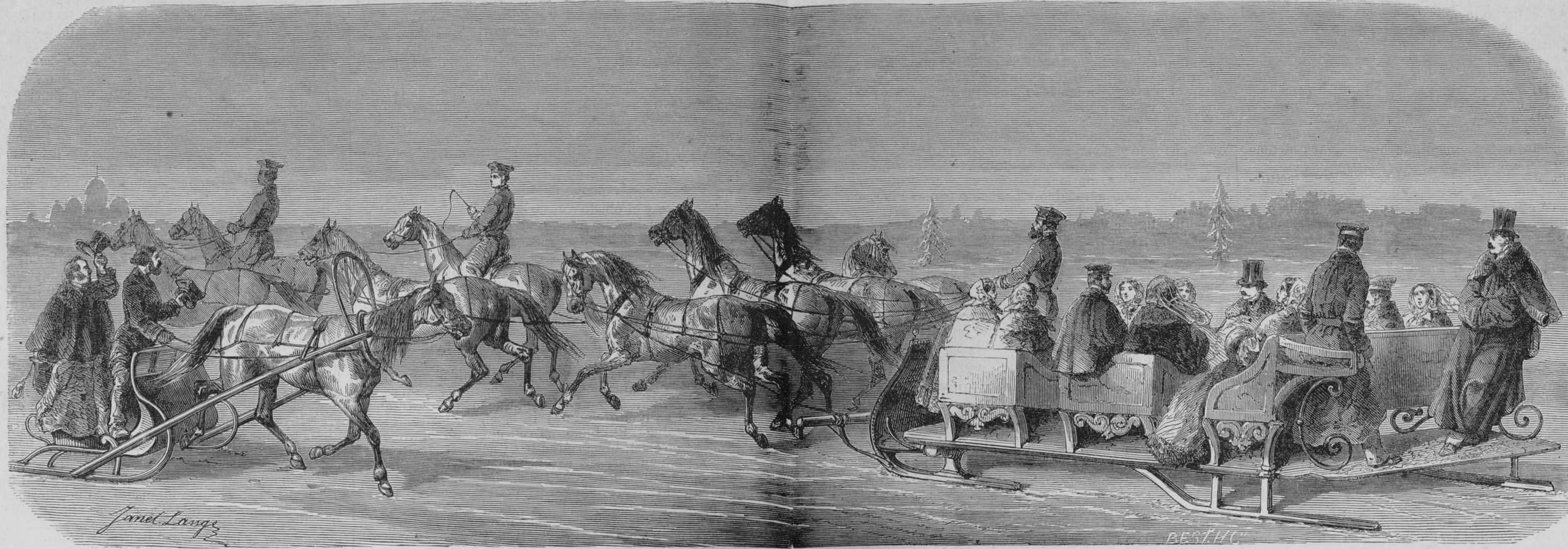
Hemos tenido una semana entera de locura; durante ocho dias con sus noches correspondientes nadie ha descansado en San Petersburgo; bailes á todas horas, paseos en trineo, carreras de caballos sobre el Neva, comidas, cenas, diversiones populares, representaciones en los teatros dos veces por día, mascaradas; cada instante tenía su fiesta, el bailarín mas intrépido estaba alarmado, el paseante mas valeroso estaba cansado, pero no vencido.

En la inmensa plaza del Almirantazgo trasformada en campo de feria se elevaban una porción de barra-

cas, donde habia una infinidad de espectáculos, y principalmente todas las combinaciones que se pueden hacer con el columpio (*hatchely*); habia columpios horizontales, verticales, de navéjillas, de caballos de madera, en fin estaba resuelto el problema del movimiento perpetuo, y la muchedumbre no los abandonaba un solo instante. En un circo donde á los ejercicios ecuestres sucedían las piezas militares, resonaba sin cesar el ruido de la fusilería y de la artillería; dos inmensas montañas rusas (*gori*) se hallaban siempre tomadas por asalto, y en los últimos días de la semana muchos carruajes y trineos, todos muy elegantes, acudían á la feria, dando la vuelta á la columna Alejandrina. En la tierra habia una alfombra de nieve y el cielo estaba puro y brillante.

Entre las fiestas que se han sucedido elegiré al acaso, pues no tengo la pretension ni siquiera de enumerarlas todas. Principiaré por el emperador, que reunió el martes una sociedad íntima para pasar un día en el palacio de la *Taurida*, que era á la sazón el cuartel general de las diversiones. Trataban de comer *blinis*, una especie de bunuelos aplastados y ligeros que se toman con manteca ó con caviar, y de los cuales se hace un gran consumo durante las carnestolendas. Los *blinis* eran el pretexto de la reunión; sin embargo, aparecieron en el elegante almuerzo que se sirvió, y que precedió á la excursión en trineo por el Neva.

Creo haber hablado ya de la brillantez de los carruajes de Rusia en las grandes solemnidades del verano; aquí los elementos son los mismos; magníficos caballos de raza vigorosa, de miembros finos y nerviosos, de una energía extraordinaria en la carrera. Doce trineos formaban el cortejo imperial; dos de ellos con tiros de ocho caballos contenían cada uno catorce personas incluso el cochero; luego venían otros mas pequeños con cuatro caballos, otros con tres, y por último un faeton. A la cabeza marchaba el emperador acompañado de



Paseo por el Neva. - El trineo imperial.

S. A. I. la gran duquesa María y de su hija, la gran duquesa María Leuchtemberg; luego las princesas Wiazemsky y Galitzine, las señoras de Thilosopoff, una jóven española, la señorita Zarachaga; y en cuanto á hombres, el general Ozareff, el ministro Tolstoi, el conde Gregorio Strogonoff, y por último, el baron Mayendorff, hijo del caballero mayor.

Los caballos entregados á todo su ardor arrastraban como en una vision fantástica los trineos sobre la superficie blanca y tersa del Neva. Me acordé de la carrera desordenada del caballo de *Mazzepe*; pero tan dóciles como fogosos aquellos soberbios animales obedecían con la mayor facilidad á sus conductores. — Al cabo de un paseo de dos horas, despues de haber contorneado las islas de la embocadura del Neva, la sociedad imperial regresó al palacio de la *Taurida*, donde en breve estuvieron en plena actividad las montañas rusas. Cayeron las pieles y las capas, y calzando el patin tenían que ver aquellos intrépidos patinadores, guiando con paso firme los trineos cargados de señoras por la cuesta rápida y helada de los *goris*; pero llegó la noche, el ejercicio despierta el apetito, y pronto invadieron los salones las señoras con los caballeros que las acompañaban.

Se habian puesto muchas mesas pequeñas, y el acaso debia decidir en parte no de los asientos, sino de la formación de cada sociedad. El número de los caballeros era muy superior al de las damas, y cada una de estas metía la mano en una urna y la suerte la daba el nombre del caballero que debia acompañarla en la mesa; además la estaba permitido el elegir entre aquellos que la casualidad no habia favorecido. — La fiesta de este día se terminó con un baile animado.

En la noche siguiente un baile magnífico reunia en los salones de M. E. Narischkine á lo mas escogido de la sociedad rusa con el cuerpo diplomático; podrá hablar aquí de la hermosura de la sala de baile, de su galería cubierta de flores, etc., etc.; pero prefiero mandar



Montañas rusas (Gori), en el jardín de la Taurida.



Baile en el palacio de S. A. I. la gran duquesa María Nicolaievna, el 2-14 de febrero de 1858.



81



En la Perspectiva Newski (16 grados bajo cero).



En el Sennoi (16 grados bajo cero).

un dibujo, añadiendo únicamente que se penetra en ella por una galería de cuadros que podían figurar en un museo, y que los demás aposentos correspondían a la riqueza y al buen gusto de este palacio regio.

El emperador estaba allí como un simple convidado; ningún ruido anunció su llegada, había venido en un carruaje pequeño acompañado de un criado nada más, y nadie por la noche habría podido reconocer al soberano. Se paseó largo rato por los salones hablando a muchas personas con la afabilidad que le es característica.

Al otro día una fiesta que para los convidados podía parecer la continuación de la de la víspera tenía lugar en un salón de la Ermita que se inauguraba, salón adornado de un modo original, con escaleras y galerías interiores del efecto más pintoresco; era un baile de mañana con almuerzo que daba el emperador.

No quiero repetirme; muchas veces he tenido ocasión de hablar de tales reuniones en las residencias imperiales; ¿qué más podría decir hoy? Sin embargo, no quiero pasar en silencio el efecto mágico que produjo el alumbrado instantáneo de todos los aposentos, sin interrumpir una mazurka de las más animadas.

La fiesta que debía cerrar esta larga serie, concluyendo a la hora precisa de las doce de la noche el domingo 2-14 de febrero, se dió en el palacio de S. A. I. la gran duquesa María. — Los dos días de locura que llaman el lunes y martes gordo no existen en el rito griego.

La fiesta principió por una comida servida en un ancho balcón que domina una parte del jardín de invierno de ese elegante palacio y que da la vuelta a la sala; un surtidor de agua que arrancaba del suelo levantaba su brillante penacho a una altura más elevada que la del balcón, y mezclaba su suave murmullo al ruido de la música lejana y al de las conversaciones. En cuanto al baile, supliré la descripción con un dibujo; quizá dará este una idea del salón, pero será insuficiente para pintar la alegría que reinó en esa fiesta y la gracia con que hizo los honores la dueña de la casa, secundada en esta tarea por SS. AA. II. los grandes duques, que se reunieron a ella para recibir dignamente a su querido hermano el emperador.

Una gran cantidad de bailes particulares han llamado la atención este invierno; enumerarlos sería muy largo, y no obstante ha habido uno que no quiero pasar en silencio: es el que dieron dos jóvenes gemelos hijos del conde Orloff Davidoff en sus aposentos particulares. Acudió a él lo más escogido de la sociedad rusa; con los dos gemelos hacían los honores sus lindas y jóvenes hermanas.

Se trata seriamente de establecer un jardín de invierno en grandes proporciones, como se hacen todas las cosas en San Petersburgo.

Si se juzgase de este país por las cartas que yo escribo, se podría creer que aquí solo se ocupan en fiestas y ceremonias, y sin embargo, pensamientos más graves embargan los espíritus: el emperador Alejandro II intenta llevar a cabo una de las medidas más grandes que haya provocado jamás ningún soberano de Rusia; es verdad que en esta obra filantrópica se halla secundado por el concurso de hombres ilustrados y por la buena voluntad de todos; — pero esto es ajeno a la pintura y me sería difícil enviar el dibujo del ukase libertador.

P. BLANCHARD.

NOVELAS RUSAS.

Una amistad a toda prueba.

(Continuación.)

Pelagia se puso encarnada como un tomate; y no respondió.

— Siento no haber oído vuestro dúo; ¿a qué ópera pertenece?

Pelagia volvía a todas partes sus ojos inquietos, y no podía pronunciar una palabra.

— ¿Qué música preferís, repuso al cabo de un momento de silencio, la de Italia ó la de Alemania?

Pelagia continuó silenciosa.

— Responded, gritó su madre.

— Me gustan todos los géneros de música, contestó en fin la pobre niña.

— ¿Todos? Eso me parece difícil. Verbigracia, Beethoven es un compositor de genio, pero no puede ser apreciado por todos los aficionados.

— No, murmuró Pelagia.

— El arte es infinito en su variedad.

— Sí.

Boris no trató de proseguir tan penoso coloquio.

— No, se dijo, no hay modo de hacerla hablar, es la imagen viva del miedo.

Por la noche cuando la pobre Pelagia entró en su cuarto contó a su doncella lo que había sufrido, como la habían obligado a tocar delante de personas desconocidas, como no supo qué responder a las preguntas que la hicieron, y todas sus ansiedades cuando llegaban visitas y las convenciones que la dirigía su madre.

En la mesa Boris ocupó un puesto entre Calimon y Emerancia. La comida preparada y servida a la manera rusa, pareció mucho más agradable a Pedro que los refinamientos culinarios de la viuda.

Pelagia, que se hallaba sentada a su lado logró poco a poco dominar su timidez, y acabó por conversar fácil-

mente con él, en tanto que la coqueta Emerancia se esforzaba tanto en llamar la atención de su vecino, que este se hallaba muy cansado. Tenía sobre todo un modo de volver la cabeza que le desagradaba, así como tampoco le causaba ningún placer el verla siempre ocupada de sí misma, hablando sin cesar de su propia persona y contando con una seguridad imperturbable los menores incidentes de su vida. Pero como era hombre muy fino dominaba sus impresiones desagradables, y las disimulaba tan bien que su amigo que le observaba atentamente no podía adivinarlas.

Concluida la comida el coronel se puso muy taciturno, ó por mejor decir, se quedó dormido, porque acostumbra a echar la siesta a esas horas del día. Sin embargo quiso retener a los amigos, que manifestaban intenciones de marcharse.

— ¿Porqué nos dejáis tan pronto? les preguntó; ¿no queréis jugar un rato a las cartas?

Pero en el fondo de su corazón se regocijó al ver que tomaban los sombreros.

Su mujer por el contrario hizo toda clase de esfuerzos para impedir su marcha, y en esa tentativa la secundaba ardientemente Emerancia; la hermana quiso intervenir también, y con su voz trémula exclamó:

— Pero señores...

Pedro no decía nada ateniéndose a la resolución de Boris. Era lo contrario de lo que había sucedido en casa de Sofía Cirilovna. Boris declaró que tenía precisión de volver a su casa, y se marchó prometiendo otra visita próximamente. Emerancia fijó en él la última mirada.

El coronel siguió a los dos amigos hasta la antesala, permaneció con ellos hasta que el criado les envolvió en sus capas y los entregó sus botas de pieles, y luego se volvió a su gabinete y se durmió.

Entre tanto Pelagia, para libertarse de las reprimendas de su madre, se fué a su cuarto, y las dos mujeres que habían asistido como comparsas al suceso del día, felicitaban a Emerancia por su nueva conquista.

Los dos amigos viajaban en silencio. Boris riendo para sí y con el rostro oculto esperaba que el otro tomase la palabra.

En efecto, Pedro se decidió exclamando:

— ¿Con que tampoco esta?

Pronunció estas palabras con un tono de duda tratando de descubrir la cara de Boris para fijar su indecisión, y como no pudiera conseguirlo, repitió con más firmeza su pregunta:

— ¿Con que tampoco esta?

— Tampoco, respondió Boris riendo.

— Me lo figuraba. ¿Y porqué no os conviene? ¿Qué le falta a esa joven?

— No le falta nada, al contrario posee prendas en número excesivo.

— Esa es vuestra objeción?

— Sí.

— No os comprendo a fe mía. ¿No está bien educada? ¿Acaso su carácter, su modo de ser...

— Yo sí que no comprendo, amigo mío, cómo con vuestra sensatez os engañáis sobre la naturaleza de la hermosa Emerancia. ¿No habéis notado su pesada amabilidad, su constante adoración de sí misma, su complacencia en el sentimiento de sus cualidades, y esa especie de condescendencia de un ser angelical que se digna mirar a unos simples mortales desde lo más encumbrado de sus esplendores? ¿Qué más os diré? Me inspira tal repugnancia que si me viera obligado a casarme con una de las hermanas, elegiría a la otra, que al menos sabe callar.

— Quizás tenéis razón, repuso Pedro.

Las observaciones de su amigo le habían llegado al alma.

— No, se decía por la primera vez desde que conocía a Boris, no me encuentro a su altura, es demasiado superior a mí.

— De prisa, de prisa, gritaba Boris al cochero.

El cochero daba de latigazos a los caballos.

— Mi querido amigo, exclamó Boris riendo al bajar de su trineo, esto no marcha; ¿qué os parece?

Pedro sin contestar se retiró a su cuarto.

Al otro día Emerancia escribió una larga carta a una amiga suya diciéndola:

«Ayer hemos tenido la visita de un nuevo vecino llamado Boris Viasovine. Es un hombre de buenos modales y que ha recibido una educación distinguida, y en secreto te confesaré que me parece le he causado una impresión muy viva. Pero no te alarmes, amiga mía, mi corazón es de Valentín; de nadie más.»

Este Valentín era un profesor en el gimnasio de la ciudad vecina; en esta residencia se abandonaba a toda especie de locuras, y en la aldea se entregaba cerca de Emerancia a un amor platónico sin esperanza.

Después de su infructuosa visita los dos amigos habían proseguido el curso de su existencia ordinaria.

Trascurrieron algunos días. Boris esperaba una nueva excursión, pero su amigo parecía haber renunciado a sus proyectos.

A fin de recordárselos Boris le habló de la joven viuda y de la familia Calimon. Decía que las cosas no podían juzgarse acertadamente la primera vez, que era preciso volver, y hacia otras insinuaciones que su cruel amigo escuchaba impávido. Por último, Boris cansado de tan fría reserva, le dijo una mañana:

— ¿Con que tengo que recordaros mi promesa, mi querido Pedro?

— ¿Qué promesa?

— ¿No decíais que queríais casarme? Estoy esperando.

— No es fácil satisfacer vuestras pretensiones, tenéis

el gusto muy delicado. En todo este distrito no hay una mujer que pueda conveniros.

— Pedro, no está bien que renunciéis tan pronto a vuestra empresa. Hemos hecho dos ensayos que han salido infructuosos; pero ¿es acaso una razón para abandonar el proyecto? Además la viuda no me disgustó; si me dejáis vuelvo a ella.

— Dios os guíe.

— Pedro, os aseguro con toda formalidad que deseo casarme; ponedme en relación con otra mujer.

— No conozco ninguna en el cantón.

— Es imposible, no lograreis hacerme creer que no existe una joven agradable en muchas leguas a la redonda.

— Pues digo la verdad.

— Vamos, reflexionad, buscad un poco en vuestra memoria.

Pedro mordía la boquilla de ambar de su pipa. Al cabo de una pausa exclamó:

— Podría indicaros una buena muchacha que se llama Viera Barconkova, pero no os conviene.

— ¿Y porqué?

— Porque es muy sencillota.

— Tanto mejor.

— ¡Y su padre es tan singular!

— ¿Qué le hace? Vamos, Pedro Vasilitch, vamos a verla.

Boris insistió tanto que su amigo concluyó por prometerle que le llevaría a su casa.

Al otro día en efecto estaban en camino.

Esteban Barconkova era, como había dicho Pedro, un hombre de una naturaleza singular. Después de haber concluido de una manera brillante su educación en uno de los establecimientos de la corona, había entrado en la marina donde se distinguió prontamente; luego a mañana dejó de repente el servicio para retirarse a su hacienda y casarse, y por último habiendo perdido a su mujer, se hizo tan arisco que no visitaba a nadie y ni siquiera salía de su casa.

Todos los días envuelto en su leviton con los pies en las babuchas y las manos en los bolsillos se paseaba por su aposento tarareando ó silbando, y a todo cuanto le decían respondía únicamente con una sonrisa y esta exclamación: ¡Brau! ¡Brau! lo que para él significaba:

¡Bravo! ¡Bravo!

Los vecinos acudían a verle, pues a pesar de todo era un hombre muy bueno y muy hospitalario.

Cuando un amigo le decía a la mesa:

— ¿Sabéis que el centeno se ha vendido a treinta rublos en el último mercado?

Esteban contestaba: — ¡Brau! ¡Brau! y acababa de entregar el suyo a la mitad de precio.

— Parece ser que Pablo Lesnitch ha perdido veinte mil rublos al juego, decía otro.

— Aseguran, añadía un tercero, que se ha declarado una epidemia en la aldea vecina.

— ¡Brau! ¡Brau! murmuraba Esteban.

Y siempre el mismo grito a todo cuanto le decían.

Sin embargo, Esteban Barconkova era un hombre agradable a la vista. Tenía la cara redonda, ojos rasgados y vivos, una nariz bien hecha y unos labios rosados como en la juventud, cosa que hacía más notable aun el matiz plateado de sus cabellos. Una sonrisa ligera erraba ordinariamente por su boca y aun se extendía a sus mejillas. Pero no se reía jamás, ó le daba una especie de risa convulsiva que le ponía enfermo. A veces tenía que pronunciar algunas otras palabras que su exclamación acostumbrada, pero esto solo lo hacía en el último extremo y abreviando siempre sus palabras lo más que podía.

Viera, su hija única, tenía el mismo corte de cara que su padre, la misma sonrisa, los mismos ojos rasgados y pardos que parecían más oscuros por el color rubio de su pelo. Su estatura era regular, su aire muy gracioso. Nada en ella presentaba el sello de una hermosura extraordinaria, pero bastaba verla y oírle para decir al punto: hé aquí una mujer magnífica. Su padre y ella se querían con extremo. La joven gobernaba la casa, y desempeñaba esta tarea con placer, el único placer que conocía. Como había dicho Pedro, era la sencillez personificada.

Cuando Pedro y Boris llegaron a casa de Esteban, este se paseaba como de costumbre por su gabinete, un vasto gabinete que ocupaba casi la mitad de la extensión de su casa, y que le servía a la vez de sala y de comedor. El amueblado de esta pieza no era brillante, pero estaba muy limpio. En uno de los lados había un diván muy ancho y muy blando con una porción de almohadones. En los otros cuartos no se veía más que una silla, una mesa pequeña y un armario, pero en ninguno de ellos habitaba nadie.

El cuartito de Viera daba al jardín: en este aposento alegre había una cama muy bonita, una mesa, un espejo y un sillón; su principal adorno consistía en una cantidad de frascos de conservas y de licores preparados por la joven.

Al llegar a la antesala Pedro suplicó al criado que le anunciara; pero este, mirándole en silencio, le ayudó a que se quitara la capa, y le dijo:

— Podeis entrar.

Los dos amigos penetraron en la sala, y Pedro presentó su amigo a Esteban.

— Con mucho gusto... siempre... le dijo el lacónico solitario alargándole la mano: mucho frío... una copita...

Y señalándole con el dedo la botella de aguardiente que estaba sobre la mesa continuó su paseo.

Boris y Pedro tomaron la copita, y luego se sentaron

LOS FUNERALES DEL PRINCIPE DE UDA

EN PARIS, EL 4 DE MARZO.

El cuerpo del príncipe Mirza que falleció en Londres y de aquí vino á Paris para ser enterrado al lado de la reina en el cementerio del P. Lachaise, fué depositado á su llegada en el hotel Laffitte, en cuyo patio estuvo expuesto el día de la ceremonia desde las diez de la mañana. El féretro que contenía sus restos mortales, cubierto con un paño encarnado y oro, estaba rodeado de candelabros y de lámparas. Los sacerdotes de la religion del difunto que tambien vinieron de Londres, cumplieron antes de la marcha al cementerio musulman con todas las prescripciones indicadas por sus libros sagrados. Permanecieron en oracion al rededor del féretro, esparcieron perfumes sobre el cuerpo, etc.; durante la ceremonia el príncipe Mirza-Mohamud-Hamid-Allie, heredero presuntivo del reino de Uda y sobrino del difunto, se mantuvo al lado del féretro rodeado de todas las personas de su comitiva.

A las dos el cuerpo del difunto, colocado en un carro fúnebre, fué conducido al cementerio musulman creado en la parte superior del P. Lachaise. El carro llevaba un tiro de seis caballos de luto y guiados por palafraneros á pié. En el carro y en las mantas de los caballos se veian escudos donde estaban escritos en caracteres indios los nombres del difunto.

El jóven príncipe Mirza, de diez y ocho años de edad, marchaba á pié inmediatamente despues del carro fúnebre, y daba el brazo al señor general de Orgoni y á uno de los agregados de la legacion de Persia en Paris. Llevaba un gran traje de gala compuesto de una larga túnica de tela de hilillo de oro, sujeta con un cinturón enriquecido de piedras preciosas, y en la cabeza un gorro de oro con penacho de plumas negras.

Los sacerdotes y los indios de su comitiva marchaban á su lado.

El cortejo se componia de doce coches de luto y de algunos carruajes que marchaban detrás de las personas que seguian á pié el cortejo.

En los bulevares y en la calle de la Roquette habia una afluencia considerable de curiosos que esperaron mas de dos horas el paso del entierro. El cuerpo fué llevado por los servidores á la mezquita que se eleva en



El príncipe Mirza-Mohamud-Hamid-Allie, heredero presuntivo del reino de Uda.

medio del cementerio musulman establecido en la parte superior del P. Lachaise. Esta mezquita no contiene imágenes ni ornatos de ninguna clase. El cementerio musulman preparado hace dos años no tiene aun mas

sepulcros que el de la reina de Uda enterrada hace mas de un mes, y el del príncipe Mirza, que ha sido sepultado ahora. Consiste, pues, en cuatro paredes, y no presenta ningun detalle digno de ser notado.

Los sacerdotes, el príncipe Mirza y los indios de su comitiva en conformidad á las prescripciones de su religion, se quitaron lassandalias para entrar en la mezquita y recitar las oraciones de la ceremonia de la purificacion. Despues el féretro, llevado por servidores y eunucos, fué bajado á la sepultura abierta al lado de la de la reina de Uda.

Los sacerdotes y el príncipe Mirza colocados en una alfombra que extendieron en el suelo, recitaron las oraciones que pusieron fin á la ceremonia.

El jóven príncipe Mirza ha tomado las disposiciones convenientes para adquirir el terreno en donde reposan dos miembros de la familia de los príncipes de Uda, y para hacer elevar en su memoria un mausoleo semejante á los que se ven en los cementerios del Oriente. Ya están trabajando para la ereccion de este monumento.

La loca de amor.

¡La muerte! dulce alegría,
Unica esperanza bella;
En muriendo, madre mia,
Subiré á vivir con ella.
SELGAS.

Sevilla cuenta entre sus hermosos paseos el delas Delicias, que constituye uno de los mas deliciosos sitios de recreo de aquella sinigual ciudad: hállase situado entre esta y el rio, siguiendo la orilla izquierda en direccion á su misma corriente. No es uno de esos paseos raquíticos que solo cuentan pobres hileras de árboles incapaces para dar sombra á los concurrentes; es un frondoso bosque de falsas acacias, copudos chopos y olmos gigantes que tejen una bóveda de espesas y verdes ramas, cuyo suelo alfombran millares de encarnadas y aromáticas hojas que la coqueta diosa de aquellos sitios, el Aura, arrancó de los rosales que crecen junto al camino. El aire puro y suave que allí se respira, el murmullo del agua que lame mansamente el pié de los árboles, el plañidero cantar de los barqueros que surcan el



Recepcion, por el príncipe de Uda de los principales convidados á los funerales de su tío.

Guadalquivir con sus ligeras navecillas, el confuso rumor que se eleva del vecino barrio de Triana, forman una dulce armonía que despierta el alma á gratas sensaciones. Tan delicioso sitio queda casi abandonado á las ocho de la noche en verano: sus concurrentes se retiran á la ciudad, y se distribuyen en los paseos interiores que les son mas favoritos. Si los peligros que en otro tiempo de bió ofrecer, en avanzadas horas de la noche, la vecindad de Triana, constante guarida de las gentes de mal vivir, no ha motivado este temprano abandono, no podria disculparse tan poco razonable costumbre.

Una noche nos habiamos entretenido mas que de costumbre en el Puente de Triana, oyendo las chocantes conversaciones, extrañas ocurrencias y agudos chistes de la mucha gente que por allí transita despues de anochecer; al dirigirnos al paseo de las Delicias lo encontramos ya sin concurrencia, pero no fué esto motivo suficiente para decidimos á volver atrás. Al llegar á una especie de plazuela que tiene en ambos lados asientos de piedra en forma semicircular, llamónos la atención un grupo que allí habia, y nos quedamos ocultos en la sombra, para mejor observar, sin ser vistos de las personas que eran el objeto de nuestra curiosidad.

Casi al extremo del poyo semicircular de la izquierda estaba sentada una jóven enlutada; tenia la vista fija en la luna que aparecia triste en un pequeño claro que le dejaban espesas nubes. Era la niña esbelta y de agradables formas; cubria su rostro la palidez de la muerte, la cual resaltaba mas por el contraste de sus negros rizos que azotaban dulcemente sus descarnadas mejillas: sus ojos brillaban con todo el fuego de una pasión exaltada, como si estuvieran en ellos concentradas todas las fuerzas de una existencia que estaba á punto de abandonarla. Su rostro, al par que los sufrimientos físicos, revelaba el colmo de la satisfacción moral, de un completo bienestar interno: presentábase iluminada por esa auréola de beatitud que concebimos en los celestes querubines. Su inmovilidad era completa: no podia dudar de la presencia de los mas bellos objetos ó la idea de los mas gratos recuerdos sumarla en inefable éxtasis. — A muy corta distancia habia otra jóven de mayor edad, bastante parecida á aquella por los rasgos de su fisonomía, que la contemplaba con cierto resignado interés, y como esperando el desenlace de aquella para nosotros inexplicable escena.

Al corto rato un grupo de importunas nubes fué invadiendo el disco de la luna: entonces como movida por un resorte, levantóse la jóven pausadamente, y pintado el mas acerbo dolor en su semblante, dirigió sus brazos suplicantes hácia el astro nocturno. A medida que este iba desapareciendo, veíasele crecer, y por un momento creimos que se desprenderia de la tierra para volar junto á los ángeles sus hermanos. En el momento de quedar oculta la luna, cayó sin sentido en brazos de la otra jóven que habia seguido con ansiedad todos sus movimientos. — Acudimos instantáneamente nosotros para prestarles algun socorro.

— Gracias, caballeros, nos dijo la jóven de mas edad á mi compañero y á mí. Estos accidentes le dan todos los días á mi pobre hermana; pero pronto volverá en sí con el auxilio de esta esencia.

Y le dió á oler un frasquito que llevaba á prevención. Efectivamente, la enferma recobró luego sus sentidos: aplicóse la mano al corazón, y dijo con simpática languidez y tierno acento:

— Sí, sí, ¡oh! ¡ pronto nos uniremos para no separarnos jamás! Siento aquí en mi pecho que no está lejos el fin de mis sufrimientos.

Apoyóse en el brazo de su hermana, y marchamos juntos en silencio hasta la entrada del paseo, en donde les aguardaba un coche. La enferma subió en él sin hablar palabra, como extraña á cuanto la rodeaba.

Manifestónos la hermana su agradecimiento de una manera muy galante y afectuosa. Con vivos deseos de conocer el misterio que encerraba la extraordinaria escena que acabábase de presenciar, le pedimos permiso para informarnos el día siguiente del estado de la enferma, á lo cual ella accedió gustosa y agradecida.

Como es de suponer, en lo restante de la noche y la mañana siguiente, fué objeto casi único de nuestra conversacion y conjeturas el doloroso incidente del paseo de las Delicias. Interminables nos parecieron las horas hasta llegar la destinada para la prometida visita.

Recibiónos la hermana de la enferma, y nos dijo que esta seguía en cama, de algun cuidado. El ataque del día anterior habíala dejado mas abatida que de costumbre, y el médico al visitarla notó síntomas alarmantes.

Despues de los cumplidos de costumbre é informados del estado de la enferma, la hermana, adivinando sin duda nuestra curiosidad por saber la causa de sus dolencias, se apresuró á satisfacerla.

« Es muy triste, dijo, ver que una persona querida consume lentamente su existencia, y estar privados los que darian la suya por conservársela, no solo de prestarle los auxilios necesarios, sino de evitar las causas que la precipitan á una muerte segura. Esta complicidad forzosa es una desgracia que he de llorar mientras viva, es para mí el mas insoportable martirio. — El interés que han manifestado Vds. por mi pobre hermana me asegura que no escucharán con indiferencia la triste historia de sus padecimientos.

» Al quedar huérfanas, pasamos á vivir bajo el amparo de un tío materno que ha sido para nosotras un segundo padre. La afabilidad de su carácter, su tierno cariño, sus infinitas bondades dulcificaron pronto nuestro acerbo dolor y le atrajeron nuestras francas simpatías. Mi enlace con un jóven de un pueblo vecino me

alejó de mi tío y de mi hermana. Esta era muy jóven aun, mi tío rayaba ya en los cuarenta, y teniendo necesidad de una compañera para su vejez, trató de enlazarse con ella. Su principal idea fué asegurar el porvenir á esta criatura que él idolatraba, y en la cual reconocia un tesoro de hermosos sentimientos. Era avaro de esta riqueza que tan cuidadosamente habia conservado y aun fomentado; hacíasele increíble que nadie mas que él supiera apreciarla. Por otra parte veía que la niña era extraña á toda pasión que no fuera su cariño ó el mio.

» Al manifestarle mi tío sus proyectos, mostróse muy satisfecha y agradecida, y yo los aplaudí en el alma. Aplazóse para mas tarde la realización de la boda, á fin de que mi hermana gozase por mas tiempo las diversiones de la juventud, que desaparecen ante las obligaciones de la esposa.

» Por aquel entonces vino recomendado á mi tío un apreciable jóven que cursaba el último año de jurisprudencia. Recibiólo aquel con la amabilidad que le es característica, y le dispensó los obsequios de un sincero afecto. El jóven visitó la familia, no con frecuencia, y siempre á la hora en que sabia estar mi tío en casa.

» Ocurrió poco despues la muerte de mi esposo, lo cual me obligó á volver otra vez al lado de mi tío y de mi hermana. El jóven nos visitó desde entonces mas á menudo, y yo no tardé en quererle como á un hermano, atraída por sus bellas prendas y simpático carácter.

» A fin de calmar mi dolor procurándome alguna distracción, saliamos todas las noches á paseo buscando los sitios menos concurridos. Cuando una pena oprime nuestro corazón, la alegría y el bullicio aumentan el pesar que nos aflige; la apacible tranquilidad de la naturaleza y los cuidados de un desinteresado cariño son un dulce bálsamo para las heridas del alma.

» Todas las noches acudiamos al sitio en que nos encontraron Vds. ayer, á la hora en que sus habituales concurrentes se dirigen de vuelta á la ciudad. Allí pasábamos horas enteras en agradable conversacion, ó contemplando silenciosamente las formas caprichosas de las nubes, los hermosos efectos de la luz producidos por los rayos de la luna, que proyectaban sobre la copa de los árboles ó reflejaban en el cristal de las aguas.

» Asaltada por el recuerdo de un esposo querido, muchas veces escuchaba sin comprender los simbólicos augurios que las ardientes fantasías de mi hermana y de nuestro jóven compañero atribuían, ya á la caída de una hoja, ya al murmullo del viento, ya al color de una nube, ya al curso de una estrella. La luna era especialmente el objeto de sus visiones, de sus poéticos ensueños: en ella creaban maravillosos palacios habitados por seres fantásticos, pero siempre hermosos y felices.

» Mi tío dió orden para que se hicieran los preparativos de su boda, lo cual causó sumo disgusto á mi hermana y á nuestro jóven amigo. Esta noticia descorrió á sus ojos el velo que ocultaba el amor que se profesaban, amor que habia nacido y crecido sin sentirlo, amor grande, profundo cual correspondia á dos corazones hechos para gozarlo en toda su intensidad, á dos imaginations capaces de concebirlo en toda su grandeza.

» La lucha entre el deseo y el deber fué penosa, pero corta; y no cabia otra cosa en la rectitud de sus sentimientos. El agradecimiento les obligaba á sacrificar aquel amor, que era su propia existencia, á la felicidad de un hombre que desde mucho tiempo se habia acostumbrado á la idea y hecho una necesidad de ser esposo de mi hermana.

» A los pocos días nuestro amigo se despidió para Florencia, resistiendo á las vivas instancias de mi tío que le queria hacer testigo de su boda.

» Al irse á despedir de mi hermana quedáronse ambos sin palabra ni movimiento; hasta llegué á dudar si se habian convertido en estatuas de mármol, tal era su palidez é inmovilidad. — Por fin desplegó nuestro amigo los labios, y dijo:

— « Mientras exista, en cualquier parte en donde me encuentre, acudiré todas las noches á ver nuestro querido astro, y en él buscaré el reflejo de tus ojos. Si muero, mi alma volará allí á esperar la tuya. —

» Pocos días despues se verificó la boda de mi hermana. El color no volvió á su semblante; la tristeza la consumía lentamente. — Al cabo de un mes, entró una mañana nuestro tío y noticónos la muerte de aquel desventurado jóven. Mi hermana palideció, coloráronse luego su frente y mejillas, aplicóse el pañuelo á los labios, y lo retiró mojado en sangre.

— « Dios se ha compadecido de mí, dijo con agradecido y desgarrador acento.

» Desde aquel día una tisis mortal ha minado su existencia. Fija su mente en una sola idea, su razon se niega á todo consuelo, se resiste á todo cuidado: solo espera la noche para ver á su amado, solo espera la muerte para unirse á él. El médico ha tenido que consentir nuestros paseos nocturnos para librarla de una muerte mas pronta á que sin duda la hubiera conducido su desesperacion.

» Nuestro buen tío está ahora junto á su cama: no puede consolarse de haber causado involuntariamente la desgracia de dos personas para él muy queridas, y lamenta de continuo el no haber conocido antes la pasión de estas tan desgraciadas criaturas, para labrar su felicidad aun á costa de la suya. »

Despedimonos de aquella jóven bajo la impresion dolorosa que nos causara su relato, y á los cuatro días supimos que la pobre enferma habia exhalado el postrer aliento despidiéndose con afable sonrisa de su desconsolada familia.

JUAN MAÑÉ Y FLAQUER.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Modas de primavera. — Los vestidos cortos por delante. — Las botitas adornadas de cintas. — Vestidos nuevos. — Fichu y mangas á la Delfina (estilo Luis XIV). — Supresion de las faldetas y los volantes. — Manteletas de nuevo género. — Un Peplum romano. — Un Dante. — Una Bizantina. — Una capa María Antonieta. — Un Don Juan. — Una Maga. — Sombreros á la orden de la primavera. — Descripción del figurin que representa dos trajes de primavera.

Hablemos hoy de la primavera. La moda se despierta antes que las lilas para invitarlas sin duda á florecer cuanto antes. ¿Qué hay de nuevo?

Cosas sorprendentes, extraordinarias. Se burlaron de nuestro lujo cuando gastábase los trajes mas sencillos y ordinarios, y la moda se venga proclamando una fantasía tan original y tan elegante que solo las grandes señoras y las mujeres á la moda podrán adoptarla.

Pero ¿qué hay? Sepamos pronto.

Hé aquí el caso. Se trata de llevar los vestidos tan cortos por delante, que dejen á descubierto las botitas, en tanto que por detrás formarán la cola de los trajes de corte.

Esto quizá parecerá raro y feo, pero yo digo cuál es la moda; no hay mas que tomarla ó dejarla.

Las damas de pié menudo están alborozadas con la noticia; ahora podrán mostrarse con franqueza, en vez de acudir á los artificios para dejarse ver furtivamente. Las que carezcan de este don natural clamarán contra la moda.

Pero habrá que tener mucho cuidado; en cuanto una mujer lleve el vestido largo, pondrá en evidencia que quiere ocultar sus piés. Ahora habrá lujo en el calzado; se llevarán botitas llenas de cintas, de lazos y de encajes. Toda la parte superior estará rizada, lo que hará parecer el pié mas delgado.

Hasta se habla de llevar zapatitos con tacones y afollados y medias de encaje y de guipure bordadas á mano.

Hé aquí el primer modelo de uno de estos vestidos cortos por delante. Es de advertir que el vestido no se levantará por el delantero y que barrerá el suelo por detrás.

Este vestido recortado es de tafetan color Reina Margarita, un color nuevo que podria llamarse de primavera; no es grosella, ni malva, ni lila, es primavera. El delantero del vestido llega pues al nacimiento de la botita, y la falda la pasa por detrás hasta diez centímetros. No tiene volantes ni doble falda, sino un adorno de pequeñas ondas caprichosas separadas por redeillas de pasamanería y de musgo negro. Entre las ondas hay lazos de terciopelo negro. Es un adorno del tiempo de Luis XV. El cuerpo es de talle redondo, con un largo cinturón cortado en la tela, muy ancho y con orla de terciopelo negro y redeilla. Por detrás forma un lazo muy abultado, como los llevan las aldeanas.

Las mangas se componen de un fichu puntiagudo adornado como el bajo de la falda, y que cae sobre una manga ancha y medio afollada que se detiene justo á la mitad del brazo, con puños de encaje de Alençon estilo Luis XIV. Estos puños sientan muy bien cuando se tienen manos de duquesa. Están copiados de los de la Delfina en el museo de Versailles. El fichu es tambien una novedad que se llama «fichu de la Delfina»; se cruza sobre el pecho con mucha gracia.

Hablaré tambien de otro vestido de primavera de tafetan color tornasolado con girandolas de hojas de yedra color sobre color estampadas en el tejido. Es un estilo nuevo que produce un bonito efecto. En cada paño (y la tela es estrecha) las girandolas tienen una orla rizada de tafetan recortado que forma líneas horizontales á lo largo de la falda. El corpiño tiene tambien listas rizadas y no lleva faldetas. Las mangas tienen afollados pequeños muy poco fruncidos al estilo de María Estuarda.

Las faldetas se han suprimido pues, así como los volantes, lo que no impide que se usen segun el capricho de la persona. Nunca se debe sacrificar el gusto propio á la moda, y cada señora sabe mejor que nadie lo que la está bien.

Las mangas afolladas van perfectamente á los brazos delicados, y las mangas anchas y flotantes producen el mismo efecto en los brazos modelados vigorosamente. Lo mismo sucede con los cuerpos de talle redondo para las damas de cintura delgada y las faldetas para las que tienen un talle robusto.

Volveré á tratar de los vestidos á medida que salgan á luz las novedades. Hoy no hago mas que indicar los primeros modelos de la primavera.

En cuanto á las manteletas nuevas tengo que citar las siguientes:

— Un «Peplum romano», especie de manto de tafetan de color de grosella, con mil rayas de terciopelo negro, de anchas mangas con el mismo adorno de terciopelo y una franja de borlitas de nieve ó de seda negra rizada. De cada hombro cuelga una drapería Lavinia que se ata por detrás y que cae en dos puntas terminadas por borlas de guipure y de pasamanería de azabache.

— Un «Dante» representando una pequeña visita de tafetan negro, un poco puntiaguda por delante y completamente cuadrada por detrás con un pasa-brazo guarnecido de encaje formando pagoda y dejando ver las mangas blancas interiores. Tres hermosos volantes de encaje rodean la visita, coronados con un adorno al crochet y agujetas de azabache. En la escotadura lleva una esclavina de encaje con capucha como la que usaba el Dante, que cae hasta mas abajo de la cintura con tres borlas de guipure y agujetas de azabache.

— Una «Bizantina» fantasía oriental de cachemira negro muy fino, sembrada de claros de azabache con venas oro y negro. Dos ricos volantes de encaje mitad Chantilly y mitad guipure rodean la Bizantina. La espalda forma como un capuchon con dos borlas de guipure.

— Una capa «María Antonieta» de tafetan verde cubierto de Chantilly con capucha de encaje y volantes de encaje de Chantilly.

— Un «Don Juan» de tafetan escocés representando dos plaid plegados sobre el hombro y que caen en dos puntas guarnecidas de terciopelo negro, que hacen resaltar el escocés verde y azul. Capuchón grande puntiagudo con borlas al crochet y musgo negro.

— Una «Maga» de tafetan blanco con mil rayas de terciopelo negro describiendo como unas draperías sobre las mangas y puntas cruzadas por delante como las de un fichu. El adorno consiste en unas galerías y franjas escocesas azules, verdes y negras. En lo alto de la manteleta hay tres hileras de pasamanería formando berta por detrás y fichu por delante. La última hilera cae por detrás á la altura del talle.

En prendas mas ordinarias se llevan muchos albornoces, chales y mantas con capuchón de encaje.

También comienzan á despuntar los sombreros de primavera, extraños y caprichosos como nunca. Júzguese por los siguientes modelos:

— Un sombrero de crespon blanco bordado y guarnecido de encaje negro, con fondo ligero de tafetan escocés y draperías de cinta que se enlazan encima del sombrero y caen en dos puntas, una blanca y otra azul con franja escocesa. En el interior lazo de cinta azul. Cintas blancas.

— Un sombrero de crespon blanco con fondo de tul Malinas adornado con tres hileras de franja de pluma blanca. Una hilera de franja se repite al borde de la guarnición de detrás y del borde del ala, y pasa por el interior sobre un sesgo de cinta color de rosa con un lazo á un lado, y al otro un ramito de rosas silvestres. Cintas blancas.

— Una capota de tafetan blanco con listas menudas. El fondo representa un fichu terminado por dos afollados y sostenido por un sesgo de cinta azul. En torno del casco, es decir de este fichu, hay una cinta azul anudada por encima. El borde de la capota es de tul con tres broches de tafetan y puntilla de blonda. En medio del ala hay un sesgo y otro á cada lado. En el interior se ve otro sesgo de cinta azul con lazo azul y ramitas de fresas á un lado. Cintas blancas.

— Un sombrero de crespon blanco adornado al borde del ala con una redecilla de seda y de musgo azul terminado por un fleco rizado. El fondo plegado de tafetan blanco lleva un sesgo de cinta azul con dos puntas guarnecidas de redecilla. La guarnición de detrás es de crespon blanco con puntilla de redecilla azul.

— Un sombrero de crespon blanco con una drapería de blonda formando concha por un lado, y dejando caer una cinta verde por el otro. En el interior capullos de rosas de un nuevo género que producen un efecto gracioso.

Concluyo con la descripción de nuestro figurín que representa vestidos de primavera.

El primer traje se compone de un vestido de gro de Tours gris estampado verde y cereza con cuatro volantes cortados con el sacabocados y separados á los lados con una ancha banda Pompadour formando quillas. Esta banda se encuentra sobre un rizado de cintas. Cuerpo sin faldetas con bandas parecidas á las de la falda, formando un corazón sobre el pecho y en la espalda. Mangas anchas de pliegues terminadas con tres pequeños volantes cortados en quillas Pompadour. Cuello de punto de Alenson. Mangas Luis XIII reproducidas con dos afollados de tul, un volante de Alenson y un lazo de cinta. Albornoz de encaje de Chantilly forrado de gro de Tours violeta con capuchón y lazo de encaje. Este albornoz lleva al rededor un espléndido volante de Chantilly. Sombrero de crespon blanco y terciopelo violeta adornado con lacitos de terciopelo violeta. Guantes color de albaricoque. Botitas de raso negro, con tacones y lacitos de Chantilly.

El segundo traje se compone de un vestido de tafetan azul de China con tres faldas terminadas por un grueso rizado de crespon blanco con una banda de encaje de Inglaterra. Cuerpo subido y afollado sin otra faldeta que un encaje de Inglaterra que rodea el talle. Mangas María Estuarda con tres afollados y puño liso ajustado á la muñeca. Cuello y puños de Inglaterra. Sombrero afollado con adornos de tul y de blonda, y puntilla de blonda que cae en dos puntas redondas por un lado. Cintas blancas. Guantes color claro. Botitas de muaré antiguo negro con tacones de muaré.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

M. Rarey, el domador de caballos norteamericano.

Ha llegado á Paris en el mes último un célebre domador de caballos que está llamando en alto grado la atención de los inteligentes. Su habilidad en domar un caballo y sujetarlo completamente por indómito, vicioso ó intratable que sea hasta el punto de obligarle á hacer su voluntad, es cosa reconocida ya por todos los que han presenciado este prodigio. Antes de venir á Paris estuvo en Londres, y el *Times* ha consagrado un artículo á la descripción de los admirables ensayos hechos ante S. M. la reina Victoria que vamos á trasladar á nuestras columnas; luego hablaremos de las pruebas hechas en Paris. Dice lo que sigue aquel artículo:

«M. Rarey tuvo ocasión de dar una muestra de sus especiales conocimientos en su arte delante de la reina, el príncipe consorte, la princesa real, el príncipe de Gales, el príncipe Alfredo y otros miembros de la real familia, señoras de la corte y la mayor parte de los príncipes extranjeros y personas distinguidas que se encuentran en Londres con objeto de visitar esta ciudad.

Los hechos de M. Rarey, que sobre ser de grande interés, causaron la admiración de cuantos lo presenciaron, tuvieron lugar en el picadero del palacio de Buckingham. Además de las personas mencionadas se en-

contraban también presentes á estos ensayos el duque de Wellington, el mayor general sir Ricardo Airey, lord Alfredo Paget, el coronel Hood, secretario del príncipe Alberto, y el mayor Groves, caballerizo de la Corona.

Esta era la segunda vez que M. Rarey tenía el honor de manifestar su habilidad delante de S. M. y del príncipe Alberto. Su primer ensayo se verificó en Windsor ocho ó diez días antes, y los hechos del domador de caballos, presenciados por los augustos esposos bajo la influencia de la novedad, sorprendieron tanto á la real comitiva que la reina y el príncipe Alberto manifestaron su deseo de que el ensayo se repitiera otra vez. En aquella ocasión M. Rarey probó su poder sobre tres caballos: el uno era un bello y fogoso caballo negro de temperamento altamente nervioso que fué devuelto á M. Anderson, de Picadilly, á quien había sido comprado por una suma muy crecida, con motivo de ser terco y absolutamente ingobernable. Debemos decir desde luego que M. Rarey había visto y palpado este animal en las caballerizas de M. Anderson antes de que se le condujera á Windsor. En esta primera entrevista el caballo fué colocado suelto dentro de una especie de cercado de madera, en el cual M. Rarey entró haciendo crujir un látigo. Sobresaltado por esta desusada muestra de violencia, el animal tiró un par de coces, dejando oír un relincho salvaje. M. Rarey suplicó entonces á las personas que habían acudido á presenciar la prueba que se retirasen, y se quedó solo con el caballo. Apenas había pasado un cuarto de hora les hizo entrar otra vez, y se quedaron indeciblemente sorprendidos al ver el animal echado sobre la paja, en el pesebre, con la cabeza ligeramente levantada, y á M. Rarey, al cual miraba sin el menor síntoma de alarma, acostado á su lado. M. Rarey se mantuvo algún tiempo en esta posición, durante el cual hizo chocar las herraduras traseras y delanteras del caballo unas con otras, se recostó sobre los muslos del caballo como si fuesen una almohada, y después se levantó é hizo correr un pesado carreton al rededor del postrado animal sin que diese muestra de experimentar la mas ligera sensación de temor.

El día siguiente, á presencia de otras personas, el dominio de M. Rarey sobre el mismo caballo, al cual había visto en este intervalo, era tan completo, que cuando le hizo echar puso una tabla apoyada sobre sus paletillas por la parte delantera, haciendo subir por ella un carreton. El animal no se movió. En seguida tocó una caja de guerra detrás de la cabeza del caballo y abrió un paraguas delante de sus ojos; pero á pesar de esto el animal se estuvo quieto sin manifestar ninguna señal de aprensión. Con este caballo, M. Rarey repitió las mismas habilidades en Windsor, delante de la reina. El segundo animal con el cual el domador continuó sus ensayos en presencia de la corte aquel mismo día fué un potrero entero traído de una posesión que el príncipe Alberto tiene en la vecindad de palacio; nadie había puesto antes la mano sobre este joven animal, ni M. Rarey lo había visto tampoco hasta que lo trajeron al picadero atado por el cuello con una cuerda; el domador suplicó á los concurrentes que se retirasen algunos momentos al extremo opuesto del edificio. Debemos decir que esta súplica no fué motivada porque M. Rarey tuviese que maltratar el animal, de manera que pudiese causar una impresión de disgusto á la régia comitiva, sino simplemente porque en la actualidad, por motivos de interés propio, M. Rarey desea que su secreto no sea conocido.

Después de un cuarto de hora el inteligente domador hizo decir á SS. MM. que podían volver. Y entonces vieron, como antes, á este indómito potrero echado en el suelo y á M. Rarey sentado encima de él, tocándole las piernas, los pies y sucesivamente todas las partes del cuerpo: durante esta operación el potrero se estuvo perfectamente tranquilo. Después que M. Rarey concluyó de maniobrar con el potrero trajeron un soberbio caballo de guerra perteneciente al príncipe Alberto, al cual metieron dentro del picadero. Este animal, de un genio en extremo fogoso, que nunca estaba quieto cuando lo montaban y que además era muy propenso á espantarse, hizo creer á los concurrentes que desafiaria los esfuerzos de M. Rarey, y que le sería imposible domarlo; pero los resultados fueron tan satisfactorios como en los caballos anteriores. En muy poco tiempo el domador le hizo también echarse tan suavemente como á los otros; le pasó por entre las piernas, se sentó sobre sus paletillas y sobre el hocico, y después golpeó sus herraduras unas contra otras. En seguida mandó al caballo que se levantase, lo cual el animal hizo inmediatamente; M. Rarey se puso á caballo de un salto, le cubrió repetidas veces la cabeza con un paraguas, y cogiendo después un tambor se puso á tocar sobre su espalda: el inquieto y fogoso animal, reconociendo á su nuevo dueño, se mantuvo todo ese tiempo inmóvil como una estatua.

Todo esto, como debe suponerse, sorprendió en gran manera á los espectadores; hubo también algunos de entre ellos que hicieron la pregunta natural de si el procedimiento de M. Rarey era cosa que se pudiese comunicar á los demás, y estos practicarle con igual éxito, ó si era una habilidad particular suya, en cuyo caso los beneficios que podía obtener de ella serian comparativamente muy limitados. Dícese que Sullivan, el cuchicheador de caballos (horse-whisperer) como se le llamaba, no podía ó no quería revelar á nadie el extraordinario poder que adquiría sobre estos animales, y los hombres inteligentes en caballos habían deducido de esto por espacio de muchos años que su poder no era trasmisible.

Para demostrar que el secreto de M. Rarey no era una cosa limitada á él solo, después de haber trabajado

en Windsor lo participó al mayor general sir Ricardo Airey, á lord Alfredo Paget y al coronel Hood bajo la mas solemne promesa que no lo comunicarian á nadie mas. Lord Alfredo Paget, que es hoy día tan buen domador de caballos como M. Rarey, hizo el día 23 de enero un ensayo de su habilidad delante de Sus Majestades y su noble séquito, tomando al efecto una hermosa jaca tigrada del príncipe de Gales. Lord Alfredo se quedó en el picadero solo con la jaca algunos minutos, y cuando entró la augusta comitiva el animal estaba echado en el suelo y su Señoría sentado encima de él, acariciándolo, tocándole los pies y las piernas, recostándose contra su cuarto trasero y tratándolo de una manera que probaba enteramente su dominio sobre la paciente jaca.

Concluida esta operación, M. Rarey compareció con el caballo negro de M. Anderson, de Picadilly, del cual hemos hecho mención al principio, y manifestó de varias maneras hasta qué punto lo tenía ya domado. Colocándose á un extremo del picadero llamaba al animal, que se encontraba á la parte opuesta, y en seguida se dirigía corriendo hácia él, rerozando con la mayor alegría; echábase también á su voz y le seguía como un perro por todas partes. Mientras el animal estaba echado colocaron una tabla en el suelo con el extremo apoyado sobre su paletilla y lord Alfredo hizo subir por ella un carreton. Después, cuando el caballo se volvió á levantar, M. Rarey montó sobre la grupa con la espalda vuelta á la cabeza del animal; en esta posición tocó un tambor é hizo crujir un látigo sin que se notase en el animal el menor indicio de temor ni hiciese movimiento alguno.

Trás de este se sujetó á los ensayos de M. Rarey un hermoso caballo padre, color de manteca, de una de las yeguas de S. M. M. Rarey, con igual éxito, dejó sorprendidos á los espectadores haciendo echar al animal y manoseándolo por todas partes con la mas completa libertad; el domador manifestó que con un tiempo tan corto no era prudente ensayar con este brioso animal las pruebas que se habían hecho con los anteriores. Además de los diferentes resabios propios de este caballo, de los cuales había dado frecuentes pruebas, no había permitido nunca que nadie lo montase; pero esto M. Rarey lo hizo sin que el animal opusiese la menor resistencia.

Este ensayo puso fin al exámen de los conocimientos de M. Rarey, y Sus Majestades y demas personas de su comitiva se retiraron dando evidentes muestras del gran interés y admiración que les causara lo que acababan de presenciar. Sir Ricardo Airey, lord Alfredo y el coronel Hood, á quienes M. Rarey ha comunicado su secreto, están facultados para declarar que el tratamiento del domador americano no encierra nada de penoso ni impropio para el caballo que se somete á él, ni que pueda ofender la susceptibilidad del espectador mas sensible con ninguna operación de crueldad encaminada á embotar los sentidos del animal.

La teoría de M. Rarey es que hasta ahora todos los sistemas que hemos empleado con un animal tan noble — al menos desde los primeros grados de su educación en adelante — han sido basados sobre ideas erróneas de crueldad caracterizadas invariablemente por una innecesaria violencia que no hace mas que provocar resistencia y los malos resabios por parte de estos animales. El principio de que parte M. Rarey es una extraordinaria benevolencia y ternura para con el animal cuyo objeto es persuadirle de que el hombre es su natural señor y amigo, y atraerse por este medio su confianza y cariñoso respeto. M. Rarey apela á lo que él llama «la inteligencia y afecciones del caballo» y asegura que este es el secreto de su poder.

El domador americano es un hombre endeble, de unos treinta años de edad, hijo de un rico labrador y criador de caballos que vivía en el condado de Franklin en el Estado del Ohio; Rarey parece ejercer la misma ocupación de su padre en un lugar llamado Groveport, á unas 10 millas de Colombo, capital de aquel Estado. Asegúrase que desde su niñez manifestó una grande pasión por los caballos y una especial aptitud para criarlos y domarlos á la manera antigua, hasta que descubrió este humano sistema de tratamiento que ha practicado desde entonces con grande éxito en su país. Los animales que ha domado han sido las mas de las veces caballos que han vivido en completa libertad en las vastas praderas americanas: sin embargo, en el curso de sus experimentos, el domador ha tenido rotos un brazo y ambas piernas.»

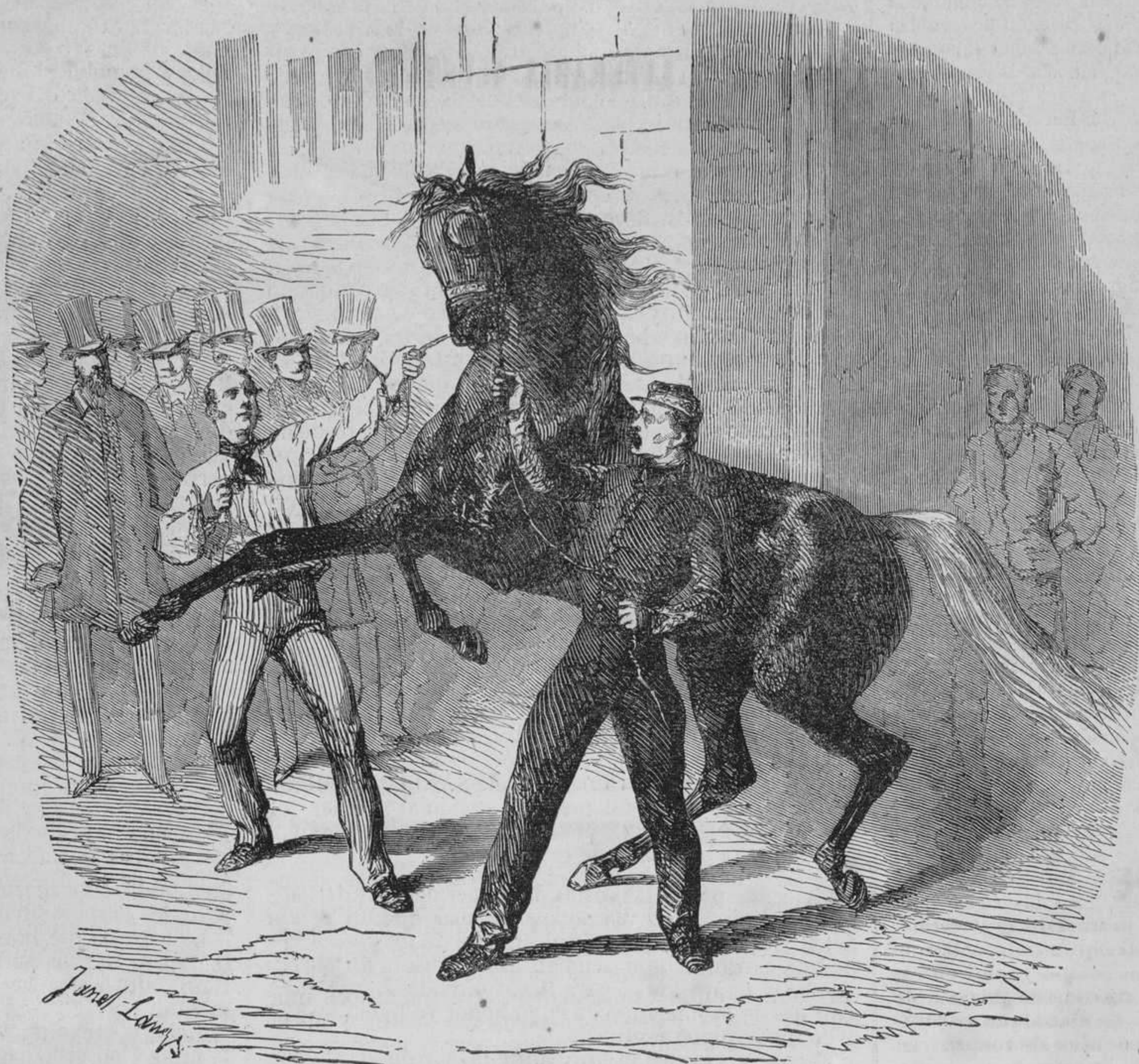
Hasta aquí el artículo del *Times*. En cuanto M. Rarey llegó á Paris el emperador nombró una comisión compuesta del general Fleury, M. Mackensie Grives y otros sujetos inteligentes en caballos para examinar el sistema del domador, y esta comisión ha terminado ya sus investigaciones.

A fin de someter este sistema á una vigorosa prueba, la comisión hizo comprar en Caen un caballo de cuatro años de edad, por Tipple Cider, conocido por su fogosidad y por la resistencia que oponía cada vez que se intentaba ponerle la silla. En cuatro días este caballo fué tan dócil que sufrió la montura y todos sus accesorios con toda la paciencia que se puede desear; habiéndose hecho chasquear un látigo al rededor de su cabeza y después tocar un tambor encima de su espalda, el animal no hizo ninguna manifestación de temor.

Háenos informado que los resultados de varios experimentos y especialmente del que acabamos de hablar han sido considerados suficientes por la comisión y que por consiguiente su informe al emperador será favorable á M. Rarey.

El día 1º del corriente hizose un nuevo experimento en el Tattersall (almoneda pública de caballos) con un caballo padre, *Stafford*, perteneciente á las haras de Cluny, propiedad del gobierno, tan indómito, viciado y feroz que se habia dispuesto matarle. El animal fué prestado al efecto por M. Baylen, jefe de la division de las haras en el ministerio de Agricultura y Comercio, y mas de 300 miembros de la Sociedad de carreras de caballos y otras sociedades de este género se reunieron para ver lo que M. Rarey haria con este animal.

Stafford, que fué traído por dos hombres, llevaba cabezon y bozal; M. Rarey se encerró con él en una cuadra, y al cabo de una hora salió montado sobre el animal. Este caballo, que antes habia mordido siempre las piernas de las personas que intentaron montarlo, se estaba ahora perfectamente quieto; bastaba tambien que viese un látigo para que se pusiera furioso, y sufría en esta ocasion cualquiera correccion con tanta paciencia como pudiera hacerlo el caballo mas domesticado. M. Rarey le hacia cambiar el paso con la mayor facilidad; se puso á tocar el tambor cuando estaba montado en él sin que este ruido tan extraño y tan excitante reanimara de un modo sensible la susceptibilidad del animal;



Stafford, caballo padre del depósito de Cluny, á su llegada al Tattersall.

por último, para manifestar que todas las malas inclinaciones estaban enteramente dominadas, M. Rarey llevó su mano y su rostro á la boca de *Stafford*, que algunos momentos antes se defendia á bocados.

Los miembros de la Sociedad de las carreras de caballos quedaron admirados al ver esto, y prorumpieron en grandes exclamaciones de admiracion, acercándose en seguida á M. Rarey para felicitarle.

M. Baylen sobre todo manifestó su admiracion y placer con palabras entusiastas, y suplicó á M. Mackensie Grives hiciese á los espectadores una breve descripcion del genio de aquel animal. M. Rarey pidió entonces que se le permitiera tener el caballo tres dias en su poder, ofreciendo que trascurrido este tiempo le devolveria tan manso como un caballo de señora; su peticion le fué concedida.

M. Rarey se propone enseñar su arte á 500 personas que al suscribirse pagarán diez guineas cada una. El príncipe Alberto, el duque de Wellington, el vizconde Palmerston, el marqués de Breadalbane, M. Fitzhardinge Berkeley y un gran número de personas distinguidas en Inglaterra han puesto ya sus nombres en la lista de suscripcion.

Se cree que en Francia los suscritores serán tambien muy numerosos.



Stafford, domado en una hora y montado por M. Rarey.